

# PROLOGO



## RAZONES Y MOTIVOS DE ESTA SEGUNDA EDICION

Cediendo a muchas y respetables instancias, me he decidido a dar por segunda vez esta publicación a la estampa. Muéveme a esto el deseo y la esperanza de contribuir en mayor escala a desengañar a los hombres rectos y de buena voluntad, que el Liberalismo hubiere fascinado con sus seductoras ofertas.

Varios de éstos, después de haber leído nuestro folleto, se han declarado abiertamente con

tra un bando cuyos partidarios en pleno siglo XIX merecen el título de bárbaros y salvajes. «He sido liberal, dijo uno de estos desengañados, pero después de haber leído el folleto del Obispo de Portoviejo, no quiero serlo más».

En verdad, nada es tan eficaz para desacreditar la secta liberal y su teoría como narrar sus obras

Siendo el Liberalismo hijo propio del padre de la mentira, sucede por consecuencia natural que todo cuanto da como libertad y progreso suyos, es engaño y mentira: su verdadera obra es oprimir, dañar y perder al género humano.

Los hechos que han tenido lugar últimamente en el Ecuador, confirman una vez más y de una manera irrefragable este juicio sobre un sistema, que Dios mismo ha reprobado por medio de su Vicario en la tierra. Estos hechos se hallan consig-

---

nados en el documento que reproduzco al fin de este opúsculo, suplicando a mis benévolos lectores que lean y mediten este cuadro de las calamidades que han llovido sobre el desgraciado pueblo ecuatoriano con la dominación liberal; pero que de esta lectura y meditación aprendan a conocer el sistema.

Fiel a mi propósito de sacar la máscara a los enemigos de Dios y de la sociedad humana, suplico a mis lectores hagan la comparación entre las promesas del liberalismo y sus obras.

Los liberales se han presentado en el Ecuador ofreciendo, como siempre lo hacen, *libertad religiosa*. Para establecerla se dieron el título de *Redentores*; pero ¿de qué entendían redimir al pueblo? De la ley de Dios, de la Religión, de Cristo, o para servirme de su expresión favorita, de la Teocracia.

«Prefiero el Demonismo al Cristianismo, había dicho uno

---

de los más acreditados precursores de esos nuevos *Redentores*; pues esa proposición horrenda se halla estampada en el libro del apóstata Ramón Vereá, que lleva el título de «Religión Universal» y circula libremente en Guayaquil y en todo el litoral ecuatoriano.

Satanás, para inaugurar su reino y redención, ha dado a sus devotos lo que tiene: *fuego y devastación*. Esa ciudad, que había sido teatro de tantas ofensas hechas a la divina bondad, acaba de ser devorada por un incendio colosal. en vísperas de instalarse allí el Conventículo o Convención, que debía sancionar públicamente el destronamiento de Dios por aquellos *Redentores*. Un viento huracanado esparció las llamas en toda dirección y se burló de todos los esfuerzos humanos, que trataban de combatir el fuego. Este es el caso de exclamar con el profeta: «Se unieron contra Dios

«y su Cristo, diciendo: Rompamos sus leyes (la Teocracia) y echemos lejos de nosotros su yugo. Pero El que habita en los cielos se burlará de ellos». Salmo 7, v. 2 y 3.

Ve Dios nadie se burla impunemente, ni se deja el Señor destronar por los impíos; suyos son los pueblos, y, si no quieren su paternal y bondadosa teocracia, tendrán que sentir el castigo.

Al propio tiempo que el Señor, que es dueño de la vida y manda a la muerte, citó ante su tribunal a algunos, (cuatro o cinco) de los que habían acudido a la convención radical. Los demás, espantados por la suerte de sus colegas, y sin valor para aguantar la vista de una ciudad quemada y de celebrar sus banquetes en un pueblo reducido a la miseria, hicieron sus maletas y se marcharon a Quito, no sin haber dado antes sus primeras leyes opresivas y atentorias a

la libertad religiosa. La Convención decretó que ni el Supremo Pastor de la Iglesia podrá enviar de hoy en adelante quienes prediquen la fe romana a los pueblos del Ecuador. En cambio, se llamó a los predicantes herejes de Nueva York, los que ya están en obra!

Expulsando a los ministros del Señor y prohibiendo que otros lleguen, esperan establecer la *libertad religiosa*, es decir, realizar el ideal y deseo de Ramón Verea.

El Ilmo. Señor Masiá, Obispo de Loja tan venerable por su edad avanzada como por sus eximias virtudes pastorales, ha debido ceder también ante la intolerancia liberal y, acompañado de los misioneros franciscanos y de los directores del seminario eclesiástico, se ha refugiado en el vecino territorio peruano.

En Quito un intendente de policía, llamado Ugarte, ha llevado la intolerancia religiosa

---

hasta el extremo de exigir que los religiosos de Santo Domingo retiren de sus pedestales seculares las imágenes de los Santos, y que ellos mismos tapen los nichos. Y, como se le observara que el pueblo no toleraría esa violación de su libertad religiosa, el sectario amenazó al Prior del convento haciéndole responsable de la resistencia del pueblo.

Libertad religiosa fue la promesa del liberalismo: —opresión y tiranía son sus obras.

*¡Libertad política y soberanía del pueblo!* tal fue otra promesa de la secta, anunciada en pomposos y delirantes discursos. Pero en realidad no han dejado al pueblo ecuatoriano ni siquiera la idea de manifestar impunemente su voluntad a sus nuevos tiranos. Los hechos lo dirán.

Toda prensa cristiana o independiente ha enmudecido en el

Ecuador; los que al principio se atrevieron a reclamar, fueron encarcelados, multados y atormentados. Uno de los mas insig- nes, el señor Vivar, fue muerto por orden liberal, después de haber sido atormentado única- mente para saciar la sed de venganza de los sectarios. ¡Y en sus papeles liberales siguen éstos declamando contra la Inquisi- ción de España!

«Hubo entre vosotros, dijo un día la señora doña Emilia Pardo Bazán a Víctor Hugo, un tribu- nal revolucionario que excedió todos los horrores falsamente atribuídos a la Inquisición, que jamás cometió más que actos de justicia. La Inquisición no tiene que echarse en cara crímenes comparables al asesinato de Andrés Chenier». ¡Pues, pón- gase en lugar de Chenier el nombre de «Vivar», y lo dicho se aplica perfectamente al libe- ralismo ecuatoriano!

Cuando el pueblo de Quito

manifestó en masa su voluntad de oponerse a la expulsión de sus sacerdotes ¿cómo respetó el Liberalismo su soberanía? El jefe del bando le contestó destrozándolo con descargas de fusilería, y no se ruborizó de pelear con débiles mujeres y de matar a las hijas del pueblo.

¡Progreso y siempre Progreso, Luz, Adelantos, Ciencias, Comercio, Prosperidad! tales son las pomposas palabras que sueñan invariablemente en los discursos liberales;—pero lo real, lo positivo, todo ha sido engaño y mentira.

En efecto: ¿acaso han realizado los liberales una sola obra positiva de progreso? ¿Han hecho un camino, un ferrocarril? ¿Han establecido alguna industria nueva, a no ser que por ella se entienda la de confiscar, de multar, de vivir a expensas ajenas? ¿Qué familia honrada en Quito no ha experimentado su rapacidad, viéndose cargada de

arbitrarias contribuciones y de ruinosas confiscaciones?

Proyectos grandiosos, eso sí, los sabe anunciar la prensa liberal: se hará venir instructores extranjeros para el ejército, profesores extranjeros para la estudiantosa juventud, hasta maestros extranjeros para las escuelas primarias. Sí; prometer es una cosa, cumplir es otra. ¿Qué instructores militares, que profesores y maestros extranjeros han de venir, si no se les paga enormes salarios? Pero para esto no se alcanza la generosidad liberal, la que ante todo y sobre todo piensa en el bolsillo propio.

Para estas obras de civilización sólo se prestan los sacerdotes, los religiosos y las religiosas, contentándose todos ellos con lo necesario para vivir, por más que en sentido contrario los haya calumniado la prensa liberal. Al extranjero, si no le mueve el servicio de Dios. ¿qué le ha de importar el progreso del pueblo

ecuatoriano, a no ser que se le pague su trabajo como él lo estima?

Los únicos extranjeros que hagan venir el jefe y los suyos serán ministros herejes, que formarán nuevas logias masónicas. Estos, si bien no costarán nada al Estado, porque las sociedades bíblicas y logias extranjeras los pagarán bien; en cambio privarán al pueblo ecuatoriano de lo único que le queda: su fe, sus cristianas costumbres y lo explotarán a su gusto, sin piedad, como se ha visto en otras partes. ¡Qué contraste tan singular y significativo! Los ingleses protestantes llaman a los misioneros católicos para evangelizar y morigerar a los habitantes de sus posesiones americanas, y ¡Alfaro los destierra de la república del Ecuador del modo más salvaje!

Nada de positivo, nada absolutamente ha realizado el Liberalismo en el Ecuador; -- en sentido negativo, sí que ha probado

su índole destructora. Prescindiendo de la expulsión de las corporaciones docentes, paso en silencio la clausura de la brillante y magnífica escuela de artes y oficios dirigida por los Religiosos salesianos; dos puntos sólo quiero indicar brevemente.

Ese mismo Liberalismo, que violentamente ha suprimido el periodismo cristiano, ímoral e ilustrado, ejerce a su vez una verdadera y pestífera tiranía intelectual sobre el pueblo ecuatoriano.

Obliga a este pueblo a beber día por día en los dañados charcos de los papeles liberales, redactados sin ciencia, sin decencia ni cultura alguna.

Un *almuerzo* diario compuesto de declamaciones fantásticas sobre la Inquisición, o la noche de San Bartolomé, las cruzadas o el fanatismo religioso—calumnias las más increíbles, pero contadas en tono afirmativo contra los ministros de la Iglesia; pro-

yectos nunca realizables:—todo esto se propina diariamente a la inteligencia del pobre pueblo.

Y ¿no hemos leído acaso en días pasados un telegrama oficial del Gobernador de Tulcán avisando a su Gobierno que el Ilmo. Señor Moreno, Obispo de Pasto, se había trasladado á Barbacoas para traer de allá un cargamento de armas, quinientos fusiles Mauser, para organizar una invasión contra el Ecuador? Y ¿no reproduce la Estrella de Panamá, número 1342, esa terrible noticia en estos términos?: «Escriben de Quito con fecha reciente: La semana entrante el batallón Esmeralda parte para el Norte, pues está confirmada la noticia de que viene nueva expedición de Colombia, puesto que lo único que están esperando para la invasión es la llegada de un Señor con el título de Obispo, llamado Moreno, que ha hecho el viaje con el objeto de traer armamento!»

---

construir sus habitaciones y almacenes: el pueblo volverá a prenderles fuego.

¡EL QUE TIENE OIDOS PARA OÍR  
QUE OIGA!

Otro progreso que el Liberalismo vencedor ha traído a Quito es la tortura de sus víctimas, que ha practicado en grande escala en contradicción abierta con sus declamaciones humanitarias.

Los prisioneros que han probado el duro encarcelamiento en el Panóptico nos han referido algo de lo que allí tuvieron que sufrir. Los baños de agua glacial en altas horas de la noche y el horrible tormento del «Trapiche» (1) son testimonios elo-

---

(1) Esta tortura del *trapiche* es bastante usada en las haciendas de la *ilustrada* costa ecuatoriana. Consiste en atar pies y brazos del infeliz con sogas, que se ajustan en seguida por

---

cuentes del nuevo progreso. Una de estas pobres víctimas llevaba todavía en ambos dedos pulgares las señales de las cuerdas con que lo habían suspendido en lo alto, exactamente como lo hacen los chinos cuando torturan a los mártires cristianos.

En vista de los hechos referidos sobre la libertad y el progreso de los liberales, invito a mis lectores que fijen toda su atención en la consecuencia práctica que voy a sacar.

El Papa Pío IX declaró solemnemente que la Iglesia jamás podrá reconciliarse con el pro-

---

medio de un barrote o torcedor atravesado en las cuerdas causando indeseables dolores a la víctima. Más de una vez llamamos la atención de la *ilustrada* prensa liberal sobre estos horrores, citando nombres y apellidos de esos *inquisidores*; pero jamás se dió por entendida esa *noble* prensa y siguió clamando contra la Inquisición.

greso, con el Liberalismo y con la civilización moderna. (*Syllabus*, prop. 80).

Quizá más de un liberal de buena fe se habrá espantado ante semejante proposición, que condena, no el progreso cristiano, ni la civilización cristiana, sino el progreso, la libertad y civilización en el sentido del Liberalismo. Pues bien, su admiración cesará en presencia de lo que el Liberalismo ha hecho en el Ecuador; la libertad de esta secta es mentira, su progreso es engaño; jamás pactará la Iglesia con la mentira y el engaño.

En mi opúsculo creo haber demostrado la acción combinada del Liberalismo y de la Masonería internacional o cosmopolita para subyugar al pueblo ecuatoriano; con el deseo de evidenciar mejor esta alianza y señalar sus tendencias, tengo que añadir algunos datos interesantes.

---

Varias publicaciones católicas habían hablado de un Congreso masónico celebrado en San José de Costa Rica durante el año de 1894, en el cual aquellos *hermanos* resolvieron atacar simultáneamente al Ecuador, a Colombia y a la Isla de Cuba. Hoy los mismos masones confiesan claramente el hecho, que cuidadosamente habían ocultado mientras no triunfaron en el Ecuador. (1)

En el Ecuador triunfó la logia con el auxilio del Liberalismo oficial y extraoficial. A Colombia dió la divina Providencia un Macabeo, que con su espada destronó en Enciso las huestes negras y las hizo correr a sus antros. En Cuba se sostiene la lucha merced al masonismo norteamericano, que suministra a

---

(1) Un amigo me escribió desde Costa Rica que la repentina aparición de tantas caras extrañas había llamado su atención, pero que supo después que habían sido masones,

los hermanos armas, municiones y dinero. Si allí se realiza la «Cuba libre», es decir, si la isla pasa del dominio de España al férreo yugo de la Masonería, tendremos un nuevo centro de poder masónico y un antro de conspiradores contra el catolicismo en América. ¡Que los católicos mediten esto, antes de favorecer con sus simpatías esa nueva aspiración de la tenebrosa secta! Para quien dudare de mis palabras pongo aquí la siguiente correspondencia de un militar español:

#### «LA MASONERÍA EN CUBA»

Con este epígrafe escribe el Siglo futuro, con fecha 24 de Julio de 1896:—«Carta de un militar de Cuba.—Mi querido amigo: Muchas veces durante la campaña de Cuba me he acordado de usted.... Sobre todo al recordar lo que usted me decía del poder de la Masonería en

esta isla, viéndolo confirmado por mí mismo. Muchos y muy grandes horrores le había oído contar a usted de la Masonería cubana; pero aún son mayores los que han visto mis ojos.

«Tan dominadas tiene a estas pobres gentes esa secta tenebrosa, que sienten por ella más veneración que si fuera su Dios. Bien que puede decirse que ella, y no otra cosa es su Dios, según la ciega obediencia con que la siguen y los duros sacrificios que por ella se imponen. Y no vaya usted a creer que esto pasa solamente en las poblaciones: ha llegado hasta las más insignificantes colonias, domina aún en los bohíos más miserables.

«Tuve ocasión de entrar un día en la pobre vivienda de un mulato, y vi debajo de la imagen de la Virgen de la Caridad el triángulo y demás insignias masónicas. Yo le hice advertir el contraste, y contestó él que

ser buena la masonería, y que así se lo había dicho el alcalde.

«En otra ocasión conducíamos de Lajas a Cienfuegos un negro herido. Aunque iba cubierto en la camilla, pude observar que apretaba contra su pecho y llevaba a sus labios algún objeto. Lo descubrí, miré y vi que era un medalla masónica, que llevaba colgada al cuello. Traté de quitársela, y él se resistió, diciendo que con ella había de conseguir Cuba su libertad.

«He observado que siempre que se encuentra un cabecilla insurrecto con otro, se dirigen el saludo masónico; siguiendo esta misma costumbre entre sí los soldados que militan a sus órdenes.

«Se dice, yo no lo puedo asegurar, que durante esta guerra han seguido funcionando ciertas logias célebres, reuniéndose en ellas insurrectos y españoles, que visten el uniforme de la milicia española, voluntarios y

---

educación y de beneficencia cerradas u ocupadas por los usurpadores de bienes eclesiásticos; considerando que toda garantía y seguridad personal son imposibles bajo el absolutismo radical; he dado por terminada mi misión entre aquellos pueblos. y he depuesto a los pies del Supremo Pastor de la Iglesia el cayado que me había entregado, presentando humilde y respetuosamente mi renuncia del cargo pastoral. Pero, mientras Dios manifieste su adorable voluntad

---

ecuatoriano y un extranjero. Este último, después de haber sido conducido como preso al cuartel militar sin motivo ni pretexto siquiera, le fue notificada verbalmente su expulsión por el gobernador, pero, a pesar de los vejámenes y amenazas, se ha quedado todavía. El señor Administrador, si bien ecuatoriano y aún manabita, tiene que ocultarse continuamente para no ser vejado por sus mismos compatriotas.

respecto del vínculo que aún me liga con aquella Iglesia, he resuelto quedarme en esta comarca limítrofe, consagrando mi ministerio a los buenos y piadosos habitantes de los campos para mostrarme de alguna manera agradecido por la bondad con que nos han acogido.

Cualquiera que sea nuestra suerte ulterior, cualquiera el lugar de nuestra peregrinación, jamás se borrarán de nuestro corazón los sentimientos de afectuosa gratitud para con los hijos de esta República que, inspirados por su profunda religiosidad, han provisto y siguen provveyendo a nuestra subsistencia, presentándonos sus ofrendas con una delicadeza de sentimientos que forma un gratísimo contraste con la cruel y arrogante rapacidad de los liberales que nos despojaron de todo

A las incesantes invectivas, amenazas y calumnias con que los órganos de la prensa liberal

nos persiguen desde más allá de las fronteras del Ecuador. en un lenguaje que corresponde a los abominables propósitos que sus autores anhelan, he opuesto hasta el día presente el más absoluto silencio.

Intimamente convencido de que los desgraciados autores y propagadores de tanta calumnia no hacen más que obedecer a encargos y mandatos ajenos, y que ellos mismos no creen una sola palabra de cuanto escriben para rebajar nuestra dignidad de sacerdotes; pensando que entrar en discusión y polémica con semejantes adversarios sería dispensarles una honra que no merecen, los dejo y abandono a su ciega obstinación, esperando con serena calma que nos veamos juntos ante el tribunal de Dios, que en su tiempo manifestará las obras de cada uno. Entretanto, mis sacerdotes y yo, bien podemos consolarnos y gozarnos en Aquel que nos dice: «Bien-

aventurados sois cuando os maldijeren los hombres y, mintiendo, dijeren todo género de mal contra vosotros por causa mía; alegraos y gozaos, porque grande es vuestra recompensa en el cielo».

Y bien permitido parece gozarnos con la cristiana esperanza de hallar en aquel tribunal un Dios misericordioso para con nuestras flaquezas y miserias personales, y un justo Juez que vindique nuestra honra de ministros de su Iglesia y de predicadores de su Santa Ley, cuando aquí mismo tenemos ya la prenda de esta esperanza en la autorizada palabra de un Obispo católico que nos vindica de las calumnias de la prensa liberal, y en las simpáticas manifestaciones de todo un pueblo que nos recibe como a defensores de su misma fe.

Empero, todas estas manifestaciones no me permiten continuar en el silencio que hasta

ahora ha observado a pesar de las provocaciones de la prensa descreída. Debo a mi corazón henchido de gratitud y debo a mis compañeros en esta lucha santa, la satisfacción de presentar un testimonio público y cordial de nuestro agradecimiento a este católico pueblo y a su magnánimo Obispo. Y si de aquí resulta una nueva confusión para los enemigos de la Iglesia, tanto mejor!, pues esto mismo pedimos cada día: *Te rogamos, Señor, que te dignes humillar a los enemigos de la Santa Iglesia.* Para este fin he creído deber hacer algo más que una simple manifestación de gratitud por los favores de la hospitalidad recibida; me explico: El dignísimo Prelado de Pasto, apenas entrado en el gobierno de su diócesis, no sólo ha visto y reconocido los peligros de afuera, sino también los de adentro. Observando que muchos todavía persisten en decirse

adictos al Liberalismo, con pretexto de no reconocer en este sistema, tal como ellos se lo imaginan. doctrinas ni tendencias perniciosas, ha querido representar a estos renitentes su deber de sujetarse humildemente a obedecer el magisterio de la Iglesia.

Pues bien: si los que han sido víctimas de la impiedad e intolerancia liberal tienen derecho de hablar de ella; si los que fueron testigos de las obras y frutos del Liberalismo son acreedores a ser oídos en el examen y juicio de este sistema; nosotros, que hemos experimentado tolerancia liberal, ese respeto por las opiniones ajenas, y lo que vale la prosperidad y progreso que trae a los desgraciados pueblos que, engañados por sus falaces ofertas, le abren la puerta; dejaremos hablar los hechos que hemos presenciado y el fallo no será dudoso: *Un árbol que*

*tales frutos produce, no puede ser bueno!*

No se me oculta que a todo eclesiástico, cuando quiere exponer la enseñanza católica sobre el Liberalismo, quitarle su piel de oveja y mostrarle al pueblo tal como es, se le presenta un inconveniente grave, capaz de arredrar a los medrosos. Una consideración le embarga la lengua y detiene su pluma, y es: que de antemano sabe que los astutos liberales lo han de denunciar como quien se entromete en la política y tiene ambiciones personales. Esta falaz insinuación es particularmente sensible para el Obispo; pues por una parte no puede tolerar que el Liberalismo siga pervirtiendo la inteligencia y el corazón del pueblo, y por otra parte no puede ser indiferente a su dignidad y buen nombre, que sufren cuando se le tiene en concepto de un hombre interesado en las bajas esferas de la política mundanal.

El Ilmo Señor Obispo de Pasto no ha creído deber detenerse ante el inconveniente que acabo de señalar ¡Alabado sea Dios por ello! No le ha parecido que éste es tiempo de callar tímidamente y de aconsejarse con la prudencia del mundo, tan amiga de la comodidad personal y tan enemiga de la cruz de Jesucristo.

Séame permitido referir aquí lo que a este respecto me sucedió en Manabí, pues viene al caso.

Cuando allá en Calceta me vi amenazado con los gritos de muerte de los liberales que me tenían sitiado con mis sacerdotes, me visitó un caballero de excelente corazón, pero completamente imbuído en las teorías liberales.

«Señor Obispo, me dijo, déjese de sus ideas y tome las nuestras nadie querrá matarle entonces».

«¡Dios me libre!, le contesté, no he de cesar de exigir de los Manabitas que obedezcan á la

Iglesia; Nuestro Señor Jesucristo, si hubiere seguido el consejo que usted me da, si hubiere tomado las ideas de los judíos y en especial de los fariseos, jamás le hubieran crucificado!»

En verdad, cuando el Liberalismo ve que los eclesiásticos fieles a su deber se oponen a sus miras, cuando les oye inculcar al pueblo la obligación de obedecer a las autoridades y de alejarse de la revolución, ¡ah! entonces se pone su consabida máscara y, afectando una indignación santa, se da la misión de censurar a estos sacerdotes como olvidados de la dignidad de su carácter y acusarles de indebida ingerencia en las cosas políticas.

Cuando, al contrario, algún desgraciado eclesiástico se hace revolucionario liberal, cuando concurre a los clubs de la subversiva facción; cuando algún prelado consiente en callar siempre, permitiendo que corran libre-

mente las publicaciones más impías, ¡oh! entonces cambia la cosa. Estos eclesiásticos son encomiados como verdaderos patriotas; el Liberalismo, lejos de censurar su participación en la política, la acepta de buen grado. Estos ministros de la Iglesia, que así se olvidan de su deber, son celebrados por los órganos de la secta como modelos acabados de prudencia y de dulzura evangélica; todos los demás Prelados y sacerdotes son tratados de fanáticos e ignorantes, de viles y ambiciosos especuladores. En efecto; me parece que oigo ya las explosiones del furor sectario contra el Ilmo. señor Obispo de Pasto; ya retumban a mis oídos todas las declamaciones de su conocido diccionario de insultos.

Esta táctica y astucia del Liberalismo, demasiado la hemos experimentado nosotros durante los diez años que desempeñamos el sagrado ministerio en la dió

cesis de Portoviejo. Jamás y en ninguna ocasión, ni yo ni mis sacerdotes, hemos consentido en ingerirnos en los proyectos de los diversos partidos. Aun instado por ciertas autoridades públicas para que con mi influjo personal y el de mi clero favoreciera sus gestiones eleccionarias, siempre me he negado a esta pretensión, procurando con vencer a los solicitantes de lo impropio que era.

Toda nuestra acción política ha consistido en decir a los magistrados y empleados públicos que debían observar la ley de Dios y dar al pueblo ejemplo de verdaderos cristianos. Respecto del pueblo, toda nuestra acción política se ha reducido a obedecer al mandato que San Pablo da al Obispo de Creta: «Amonestales que estén sujetos a los príncipes y a las autoridades, y que obedezcan a lo que se les manda».

Especialmente cuando vimos los preparativos de la revolución radical contra el gobierno constitucional y legítimo, me valí de mi autoridad episcopal para prohibir a mis diocesanos toda participación en ese crimen de lesa-patria, y en caso de desobedecer a mi palabra, los hice responsables de todas las calamidades que debían venir. Les representé, y esto en abierta oposición contra la teoría liberal, que disparar el arma contra un soldado defensor de la autoridad legítima era ni más ni menos que un execrable asesinato.

A la fuerza militar estacionada en Portoviejo le recordé que el deber sagrado del soldado cristiano es defender al gobierno legítimo y guardar el juramento de fidelidad que ha jurado a la bandera de su país.

Si el Liberalismo considera todo esto como ingerencia indebida en el orden político, prueba por lo mismo que su principio

fundamental es la rebelión contra Dios y su santa Ley, en cuyo nombre enseñamos y amonestamos al pueblo cristiano; pues ¿quién, sino Dios, nos envía para que a todos notifiquemos sus mandatos?

El Ilmo. señor Obispo de Pasto claramente lo expresa así, repitiéndoles estas palabras del Sumo Pontífice: *El Liberalismo es la rebelión de la voluntad humana contra la voluntad divina en el orden religioso, político y social.*

En otros términos: el liberal, en el orden religioso, no cree sino lo que tiene por bien creer, ni obedece a la Iglesia sino cuando le place; en el gobierno político, no reconoce la ley de Dios, la que únicamente puede hacer felices a los pueblos; y de las relaciones mutuas de los ciudadanos, destierra las virtudes cristianas de Justicia y Caridad.

Hasta su rebelión la propaga el Liberalismo con una celeridad

alarmante; la apostasía general se está viendo, mientras los aconsejadores de la prudencia mundanal, con pretexto de evitar mayores males, quisieran que ni se hablara ni se predicara contra el Liberalismo, como si él no fuera el más grande de los males. Quien de esto dudare, reflexione que, perdida la fe, todo está perdido; perdida la fe, se pierde la misma raíz y el fundamento de la salvación.

Por cierto, no se trata de subir a los púlpitos para tronar desde allí contra tales o cuales vecinos de la localidad, titulán-les liberales, sólo porque son enemigos personales, o para quitarles sus empleos o destinos y hacerlos pasar a manos de parientes y amigos. Semejante manera de combatir al Liberalismo sería una verdadera calamidad y deshonra de la Iglesia; mejor sería cerrar la boca a tales defensores e imponerles silencio.

Pero ¡gracias a Dios! el Pastor de esta grey no teme, ni teme por qué temer semejante traición de ninguno de sus colaboradores en el apostolado, toda vez que en términos claros y luminosos les ha trazado el verdadero y propio carácter del Liberalismo y espera que sus sacerdotes sean «el eco que haga resonar y cruzar por los confines de la Diócesis» la autorizada voz del Pastor común. Esta voz proclama altamente que el Liberalismo es la completa apostasía, la rebelión del hombre contra Dios bajo todos sus aspectos.

## II

Nuestro Divino Redentor nos ha anunciado que en su segunda venida al mundo la fe habrá desaparecido casi por completo, y todo indica que el Liberalismo se ha encargado de realizar esta apostasía universal. En efecto; sorprendente es el poder de se-

ducción que esta teoría tiene para descatolizar a los pueblos que invade.

«Queridos hijos, dijo el señor Obispo de Loja a sus diocesanos en su Carta Pastoral de octubre de 1895, repitidas veces os hemos dicho ya, que es tal la malicia de los tiempos en que vivimos, tan universal y peligroso el contagio del error y moderna herejía (el Liberalismo), que *no ser por especial gracia del Señor*, difícil es que nadie se libere de ese pestífero contagio».

Los públicamente impíos le pertenecen de derecho a título de radicales, pues de raíz quisieran exterminar la fe; los escandalosos públicos, los adúlteros y concubinarios, los comerciantes y empleados públicos sin conciencia, le pertenecen igualmente como cosa propia; pues el Liberalismo les tiende buen colchón y blanda almohada en que duermen sin sentir los estímulos del remordimiento.

Los demás que se dicen liberales sin ser ostensiblemente hostiles a la Religión y no dejan de participar a aquellos actos religiosos que no les incomodan, siempre son cristianos tibios y flojos. La confesión sacramental no les acomoda y, generalmente, la han dejado desde muchos años; la oración y las devociones domésticas las dejan para la esposa y los pequeñuelos. Pero, cuando llega el momento de la prueba, cuando es tiempo de hacer algún sacrificio por la Religión, de decir una palabra en su defensa, de oponerse a las publicaciones impías y de ayudar a la prensa católica, ¡ah! entonces se ocultan cobardemente; si no es que, atraídos por la oferta de alguna ventaja, se pasan abiertamente al bando opuesto.

Y ¡cuán difícil es desengañar y convertir a esos católicos liberales, moderados y prudentes! «Yo no soy enemigo de la Reli.

gión, se dice, pero no me gusta la exageración en nada; hoy conviene ser tolerante, ya no se quema a los herejes como en otros tiempos». Que si se le advierte que sus propios partidarios, los liberales genuinos, matan en el día de hoy, no a los herejes, pero sí a los defensores de la verdad y exterminan a los sacerdotes de Dios, contesta impasible: «Verdad es, lo confieso, que hoy son los radicales los que matan, no a los herejes, sino a los sacerdotes; mas yo no soy de ese bando extremo: quiero andar por el camino del justo medio».

Pero ¿cómo no ves, mi pobre amigo, que tu camino del justo medio te conduce al mismo término que los radicales? Tú acusas de exagerados a los pastores de la Iglesia, quienes te enseñan que los que se dicen liberales son imitadores de Lucifer, tú les desobedeces con tu pertinacia en llamarte liberal, y con

esto recomiendas y ayudas a propagar una secta condenada, anteponiendo tu voluntad humana a la voluntad divina. ¿Cómo ignoras o desprecias aquella sentencia del divino Redentor: *Al que no oye a la Iglesia, lo debes reputar por gentil y publicano?*

En efecto: cuando la Iglesia ha condenado al Liberalismo en todos sus aspectos no es posible que un católico continúe llamándose liberal sin declarar al mismo tiempo: «La Iglesia no entiende estas materias, ella está equivocada; mejor las entiendo yo, y prefiero mi parecer a la enseñanza del Vicario de Jesucristo».

Así precisamente piensan y hablan aquellos que alegan otro pretexto muy común entre los liberales para disculpar su desobediencia. «Nuestro liberalismo americano, dicen, no es enemigo de la Religión católica, como el de Europa; nosotros, por lo me-

nos, somos y seremos siempre católicos; nuestro liberalismo es un partido meramente político con sus ideales propios» . . . .

Una comparación muy sencilla será suficiente para pulverizar tan vana disculpa. Si los leales y verdaderos defensores de la patria arrojasen su bandera nacional para enarbolar y saludar la del enemigo, diríamos con razón que se han convertido en traidores de su país: hagamos la aplicación de este símil.

Desde un siglo a esta parte, los que han perseguido a la Iglesia en Europa y en esta América Latina, los que confiscaron sus bienes, expulsaron las Ordenes religiosas mataron a los sacerdotes fieles, todos esos enemigos del catolicismo se han llamado liberales; el título liberal es la cinta y divisa de esos soldados del Anticristo. Siendo esto así, se sigue con toda evidencia que decirse liberal hoy día es poner

se cinta y divisa de los que hacen la guerra a Dios.

Y de paso rectificuemos aquella maliciosa observación de los moderados de que *hoy no se quema a los herejes*. La Iglesia jamás ha quemado a ningún hereje, si bien los pueblos cristianos de otros tiempos quemaron a los blasfemos, pensando que la blasfemia y la herejía son el crimen más grande que el hombre puede cometer contra Dios y contra la sociedad; pero, en cambio, los liberales empezando con la revolución de 1793 y acabando con la que hoy devasta el Ecuador, han exterminado más cristianos por no ser de su opinión, que los tribunales de la Inquisición en todos los siglos de su existencia. Y hoy todavía siguen con su grito: ¡Mueran los frailes!

Entre los jóvenes es en donde el Liberalismo recluta más adeptos y causa mayores estragos. Opuestos como son por inclina-

ción natural a todo cuanto dice sujeción, amantes de placer y distracción, poco se acomodan con la atmósfera religiosa y la austeridad de la moral cristiana; mejor les sienta la moral independiente que les brinda el Liberalismo. Y ¿qué medios hay en estos tiempos para sustraer a esos incautos jóvenes de las exhalaciones pestilenciales del periodismo liberal, cuyas publicaciones, como pájaros inmundos, llenan el aire por doquiera y lo apestan todo? Para resistir a tantos medios de seducción, se necesitarían dos cosas: una inteligencia superior, capaz de sobreponerse a los sofismas que alucinan a los necios, y un carácter religioso bastante firme para buscar en los santos sacramentos, en la oración y en la fuga de malas ocasiones y compañías la gracia de Dios, sin la cual nada podemos.

Pero, jóvenes con esta superioridad de talento y de carácter

¿en dónde hallarlos? «Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos! Ancho es el camino de la perdición, y muchos los que por él andan».

A favor de estas y otras muchas circunstancias, la apostasía liberal ha hecho tantos progresos, que, sin una intervención divina y extraordinaria, ya no podrán ser contenidos. Muchos así lo creen, y no han faltado en nuestros tiempos manifestaciones sobrenaturales que anuncian catástrofes terribles, que recordarán a la humanidad que existe un Dios a quien debe obedecer. Pues, que venga la manifestación de la justicia divina, si es necesaria; porque ya es cosa intolerable para quien adora a Dios, ver como su divina Majestad es ultrajada en el mundo. Entre tanto, como Noé predicó la penitencia a aquellas generaciones de Carriadas, así es deber de los Pastores de la Iglesia predicarla en estos tiem-

pos: el Ilmo. señor Obispo de Pasto lo hizo, y confiamos que su voz no será desoída! Con esto, poniendo fin a las reflexiones, dejaré que hablen los hechos.

### III

Cuando, a mediados del año de 1895, se presentó el emisario de la Masonería en el puerto de Guayaquil, rodeado de su séquito cosmopolita de hermanos masones, anunció confiada y resueltamente que traía desde Nicaragua la misión de acabar con el reino de Jesucristo en el Ecuador. «Vengo para poner fin a la Teocracia en el Ecuador», dijo Eloy Alfaro, si debemos creer a los papeles públicos y a los hechos que tenemos a la vista.

Nada extraño hay en que un «hermano» de esa negra cofradía llegue con semejante propósito, cuando el conocido objeto de los masones es colocar a Lucifer en

---

lugar de Jesucristo. Esto lo atestiguan las palabras del Papa León XIII arriba citadas: «Los francmasones públicamente y a cielo abierto emprenden la obra de arruinar la santa Iglesia, a fin de conseguir, si fuera posible, despojar completamente a las naciones cristianas de los beneficios que deben a nuestro Señor Jesucristo».

Los masones de adentro y de afuera se apresuraron a congratular a su querido hermano; los de la oscura República Nicaragüense le habían reconocido como beligerante aún antes de que desembarcara. Y ¿no acaban ellos también de poner fin a la Teocracia en su desgraciado país, desterrando a sacerdotes y religiosos? La logia de Chile, no contenta con aplaudir a su querido hermano, anunció desde luego días felices y prósperos para los socios que cargarían con los despojos del pueblo ven-

cido y avasallado: «Por fortuna, dice el órgano de los masones chilenos, el triunfo del querido hermano Alfaro traerá para la Orden días prósperos y felices. ¡Ah! ¡Cuán distinto será ahora en el Ecuador, merced al triunfo de la libertad, encarnada en el invicto hermano Alfaro!» (Cadena de Unión, 30 de setiembre de 1895).

Sí, muy distinto es ahora en el Ecuador con la encarnizada y ensangrentada libertad que han traído esos hermanos; así lo prueban los asesinatos, los destierros, encarcelamientos y torturas de los prisioneros, las confiscaciones, la supresión de la instrucción y de todas las obras públicas, y el desbordamiento de todos los vicios. Sí, los masones tienen razón de estar contentos; no era así cuando había Teocracia en el Ecuador! (Véase el documento del apéndice).

Pero, pregúntome ahora ¿co-

mo fue posible que toda una nación que cree en Jesucristo, se dejara decir en su cara por aquellos masones que venían a destruir la Religión de este su divino Redentor?

La explicación de este misterio de iniquidad y de la arrogancia masónica se halla en la íntima persuasión que tenían los hermanos de que el terreno estaba suficientemente preparado, la semilla sembrada y germinada, y la cosecha madura para extender la mano y cogerla.

Y ¿quién había arado, sembrado y regado ese terreno? Ningún otro que el pérfido y traidor Liberalismo, astutamente dirigido y manejado por los hermanos masones, que las más veces se ocultaban, sin dejar de asomar de vez en cuando la cabeza para animar a los operarios de iniquidad. La historia de este misterio masónico la trazará, sin duda, algún ecuatoriano católico cuan

do en su patria, libre de la opresión en que yace con la encarcelada libertad que le han traído, se pueda decir y escribir la verdad. Por ahora me limitaré a referir una serie de hechos públicos y notorios, que bastarán para probar la existencia de este trabajo subterráneo de los masones. Y aun, en cuanto a los hechos que indicaré, me refiero tan sólo a los últimos dos lustros de la historia del Ecuador, porque en este tiempo fue más visible la acción liberal-masónica.

#### IV

Unos cinco años habrá, cuando, en ocasión de ciertas elecciones políticas, se lanzaron por vez primera aquellas siniestras voces de *¡Abajo las sotanas!* *¡Mueran los frailes!* Se oyeron primeramente esas maldiciones contra el sacerdocio en la costa y muy aieladamente, pero poco

a poco se extendieron y se repitieron por los socios.

El venerable Obispo de Loja comprendió al momento adonde iba el astuto enemigo, y dió a sus diocesanos la voz de alerta. «¿Sabéis, les dijo, en una Carta Pastoral, lo que significan esos gritos? Con esto dicen: ya no queremos sacramentos, ni confesión, ni misa; ya no queremos a Jesucristo». El solícito Pastor de Loja conoció desde luego lo que intentaba la masonería: lo que más tarde ella indicó claramente cuando gritó ¡*Áuera Cristo!* Poner al Demonismo en lugar del Cristianismo, como pidió Vereá.

Hubo entonces ciertos católicos ciegos y flojos que no quisieron reconocer en aquellas manifestaciones la descubierta o avanzada masónica, que adelantaba cautelosa, pero con paso decidido. Todo un Ministro de Estado se me quejó agriamente de que en una Carta Pastoral

hubiese recordado a la autoridad pública su deber de castigar a aquellos blasfemos. «Esos gritos, se me contestó, son de unos niños inconcientes; ¿por que alar marse por tan poca cosa?» Pero, ¿quién había adoctrinado a esos pobres niños? ¿Quién los había enviado a la plaza y a la habitación del Obispo, para que así gritaran contra los sacerdotes? He aquí el misterio; su explicación héla aquí: La Masonería enseñaba y adiestraba a los que insultaban a los sacerdotes; el Liberalismo, cómplice y socio en tan diabólica empresa, aconsejaba a los Pastores de la Iglesia que guardan silencio.

Desde esa misma época se desbordó la preusa liberal lanzando herejías, sarcasmos volterrianos, mintiendo y calumniando a los Papas, Obispos y Sacerdotes como jamás se había visto en el Ecuador. La preusa liberal de Guayaquil se complacía en poner a nuestro adorable

Redentor en parangón con un miserable e inmundo Voltaire; gustaba de titular al Unigénito Hijo de Dios «el filósofo de Nazaret»; y nunca anunciaba las fiestas religiosas de la Santísima Virgen sin aprovechar la ocasión para hechar algún impío sarcasmo, remedando al sátiro diabólico de Ferney.

A los Obispos del Ecuador, que no tardaron en recobrar, pidiendo que en virtud del Concordato y las leyes públicas, que eran explícitas y terminantes sobre la materia, las autoridades castigaran a esos blasfemos, se les contestaba invariablemente cosas como éstas; «Altamente deploramos esos excesos de la prensa, pero no podemos remediarlos, porque la deficiencia de nuestras leyes no lo permite.» ¡Como si en toda República cristiana no fuera ley primordial e inabrogable la de castigar a los blasfemos! Pero esa disculpa ¿qué otra es sino la expresión

práctica de aquella teoría liberal que no admite otra ley ni constitución que las que elaboran los llamados representantes del pueblo soberano? Sin embargo, como queda dicho, las leyes ecuatorianas autorizaban y ordenaban explícitamente el castigo de la prensa impía; pero por *moderación*, se dejó todo.

Para calmar y adormecer más a los católicos y favorecer el trabajo subterráneo de los masones, se repetían de vez en cuando en las altas regiones proposiciones como éstas: «*En el Ecuador somos todos católicos, no hay disidentes; los que se alarman y temen son unos exagerados, intransigentes y fanáticos*» Al propio tiempo se alentaba directamente a ciertos redactores de los periódicos más impíos, dispensándoles encomios y aún premios pecuniarios; y el título de «Noble prensa de Guayaquil», dado a los órganos del

periodismo liberal, llegó a ser una fórmula de estilo oficial

Alentada con esta connivente tolerancia, la impiedad pasó de las palabras a las obras. Los impíos blasfemadores profanaron en Quito el adorable sacramento del altar, arrojando y conculcando las hostias sagradas, como para realizar el *Muera Cristo* de su satánica logia. Y, como para asociar otra vez a la Madre con su divino Hijo en la dolorosa pasión, no ya en medio de los judíos, sino en el centro de la República del Sagrado Corazón de Jesús, profanaron y mutilaron en aquellos mismos días una estatua de la Virgen expuesta a la veneración pública.

Verdad es que el pueblo verdadero de Quito ofreció actos públicos y conmovedores de desagravio al Dios sacramentado y a la Virgen inmaculada; pero también es cierto que inmediatamente «al Diario de Avisos», órgano principal de la prensa

del Guayas, publicó un artículo largo y repleto de blasfemias para hacer nueva irrisión, tanto de nuestro Dios sacramentado como del pueblo creyente que adora a Jesús en su Sacramento de amor; y este artículo fue reproducido y encomiado por el periódico liberal de Manabí.

Al relatar estos escándalos públicos, no puedo menos de recordar aquella sonora y muy católica protesta que se hizo en la solemnidad de la segunda inauguración de la fábrica de la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús: «En el caso imposible, se dijo, de que la política entrara en conflicto con la Iglesia, preferiremos los intereses de la Religión a los de la tierra». Pues el caso se presentó muy luego: la Iglesia pedía el castigo y represión de aquellos escándalos públicos; la política empero se decidió por el principio liberal, negándose a refrenar la abusiva y licenciosa prensa, y

cobijándose cobardemente con «la deficiencia de nuestras leyes». La Iglesia y la Religión fueron sacrificadas a los mezquinos intereses de la tierra, por no molestarse un poco chocando con la teoría liberal.

Dejo de referir otras muchas manifestaciones impías que a la sombra de esa tolerancia liberal se repetían en el interior de la República; el discurso masónico que hicieron declamar a un maestro zapatero en la Exposición de artefactos en Quito; la serie de discursos herético-liberales que un maestro de escuelas hizo recitar a los inconscientes muchachos en el Teatro público; el grito de *Abajo las Mitras*, vociferado por un masón frenético en presencia de las autoridades religiosas y civiles y de todo el pueblo, cuando se inauguró la estatua de Sucre en la plaza de Santo Domingo; sólo diré que el termómetro de los progresos de la impiedad en la

misma ciudad de Quito, lo tenemos en esa turba de mozos arrogantes, impíos y malcriados que los masones llevaban a la «barrá» del Congreso nacional. Esa especie de Cholo-Jacobinos eran traídos y pagados para acallar e intimidar a todos los oradores católicos con sus feroces aullidos y amenazas, mientras a una orden dada aplaudían a toda proposición impía de los representantes de la logia.

Todo este sistema de condescendencias, debilidades y culpables connivencias con la impiedad fue decorado con el pomposo nombre de *Progreso*, y sus autores se titularon *Partido Progresista*.

¿En qué consistía ese pretendido progreso y cómo se lo imaginaban sus partidarios? Fácil es explicarlo en vista de los hechos.

García Moreno había hecho progresar a su país fundando sus instituciones sobre las ense-

los especuladores y los castigara. La averiguación empero se hizo poco menos que imposible, pues todos los interesados se lavaron las manos y protestaron de su completa inocencia. La indignación popular se dirigió entonces contra el mismo gobierno del Ecuador, el cual hubo de sucumbir bajo el doble peso de su impopularidad y el de la acusación referida. La primera era consecuencia natural de sus perpetuas tergiversaciones, careciendo como carecía de todo principio fijo, y por sus condescendencias con los elementos subversivos del país.

Los ecuatorianos católicos estaban descontentos por aquellas intransigencias con la impiedad, y observaban con profundo dolor que paulatinamente se arruinaba la Religión y las costumbres cristianas de su nación. Por otra parte, el liberalismo masónico, que astutamente había favorecido al Progresismo, porque

servía a sus planes y le allanaba el camino, vió que el momento era oportuno para provocar una revolución, derrocar al gobierno y colocarse en su lugar. Con este plan, los masones soplaron con todas sus fuerzas el fuego de la indignación popular contra el gobierno constitucional, y no se cansaron hasta echarlo por tierra.

En Quito y Guayaquil se sucedían los meetings populares que se celebraban en las plazas públicas; allí los oradores arengaban al pueblo desde los balcones de alguna casa, y se deshacían en violentas protestas contra un gobierno que había «vendido la honra nacional», derramaban lágrimas por la bandera «manchada», la que debía ser lavada en la sangre de los traficantes y repetían mil otras extravagancias por el estilo.

Quien conoce *la moral libre e independiente* del liberalismo y los negocios fraudulentos de

los hermanos de compás y mandil (basta recordar los escandalosos negocios del Canal de Panamá) sabe a que atenerse con esa comedia, y no puede dudar por un momento que los autores de esas escenas se inspiraban en otras cosas que nó en escrúpulos de conciencia.

Y que de parte de las logias masónicas todas aquellas declamaciones oratorias y lágrimas de ternura por la bandera manchada, lo prueban dos cosas. La primera es que, cuando los católicos, después de la caída del Gobierno convidaron a los diversos partidos para proceder a la elección de un nuevo Presidente de la República, la facción masónica les contestó en Guayaquil arrojando urnas y mesas electorales al río. Inmediatamente ocurrieron a Nicaragua por el querido hermano, que no tardó en llegar, y reina desde entonces sin ley ni constitución, por la soberana voluntad de la Orden

masónica. Añádase a esto que la facción, después de haber realizado su plan de dominar al Ecuador, no se ocupó más de la bandera manchada, ni averiguó siquiera los profanadores del emblema nacional.

Hubo, con todo, en esa comedia liberal-masónica una cosa seria y aún muy aflictiva para todo corazón cristiano.

Una bandera nacional, por respetable que sea, no es, sin embargo, más que un emblema, un signo de alguna sociedad o colectividad de seres humanos a quienes representa o indica. Pero, mientras la prensa calentaba las cabezas sin tregua ni descanso con sus sermones sobre la profanación de aquel signo, que había servido a ciertos individuos para ganar algún dinero; sin que tuviesen la intención de irrogar directamente alguna injuria a su bandera, — esa misma prensa ofendía y ultrajaba públicamente a la Majestad de Dios,

y esto no en un emblema, sino en la misma Divinidad!!! Por una bandera deliraban todos;— de la Divinidad ofendida ¿quién se preocupaba?

Con relación a las locuras paganas en obsequio de la bandera nacional, dijo entonces el Ilmo. señor Obispo de Riobamba:

«La imagen de Dios ha sido deshonrada y afeada por la culpa; la Religión y sus ministros han sido insultados por una prensa impía; y ¿quién es el que gime? ¿quién el que se duele por esta desgracia?

Al saber que nuestro pabellón nacional ha sido deshonrado en un puerto extranjero, millares de voces se han levantado indignadas de toda la República protestando contra tamaño desacato. Diariamente se mancha y deshonra la imagen de Dios, que es el alma, con grandes pecados y aún crímenes; insúltase públicamente a la Religión y al sacer

docio, y hasta se llega a blasfemar de los sagrados misterios por la imprenta libre; y ¿quién habla? ¿quién levanta la voz? ¿quién protesta? ¿quién saca la cara por los derechos de Dios y de su Iglesia, públicamente ultrajados y vilipendiados? ¿Los intereses de nuestra patria celestial tendrán menos importancia que los de nuestra patria terrena?»

Y ¿nos admiraremos de que Dios haya permitido que la Nación caiga bajo la dominación de unos individuos que son la ignominia del género humano?

Cuando hice notar a mis diocesanos ese contraste aflictivo y escandaloso entre el modo de tratar a Dios y el celo por una bandera nacional, celo que ya rayaba en delirio, la prensa liberal me contestó con un torrente de insultos y, como no pudiese oponer ninguna razón a mis observaciones, falsificó mis palabras, me acusó de haber ultra-

jado la bandera nacional del Ecuador y pedía que fuese expulsado como *extranjero pernicioso!* Lo que fue más sensible aún es que hubo entonces ciertas publicaciones, salidas de la pluma de eclesiásticos, en que se desconoció la justicia de mis observaciones sobre aquel contraste entre la devoción a una bandera y el culto que a Dios se debe. «En este punto no estamos con el Obispo de Portoviejo», decían, sea que les moviese un nacionalismo mal entendido, o el temor de desagradar a los de la prensa liberal.

Y aquí, aunque sea con peligro de ser mal comprendido por algunos y de incurrir en la nota de censor inoportuno en el concepto de otros, no dejaré de expresar mi modesto, pero firme parecer respecto de aquellas pompas ruidosas que por aquel mismo tiempo se celebraron en el interior de los templos sagra-

dos, por el centenario del nacimiento de uno de los próceres de la independencia. Todo abuso en esta materia acarrea la indignación de Dios y sus castigos; santa es la fe, santo debe ser también el Culto! La Iglesia no celebra el natalicio de sus mismos Santos, porque nacieron pecadores y enemigos de Dios; para los fieles, sin excepción, tiene sufragios: el culto católico no les dispensa otras honras. Muy oportunamente lo declaró así el anciano Obispo de Loja,— muy oportunamente digo, porque el encomio de *inmaculado* y el calificativo de *venerandas reliquias*, dado por sacerdotes a los restos mortales del Mariscal de Ayacucho, indicaban una aberración nada conforme con el espíritu y la mente de la Iglesia. El que se haya fijado en la tendencia del paganismo moderno, que es substituir a las fiestas religiosas el culto de las glorias humanas, comprenderá mis ob-

servaciones y las hallará justas y oportunas.

Y sea esta la ocasión de caracterizar un poco más el culto pagano que el Liberalismo practica con sus pretendidos héroes y *mártires* de nuevo cuño.

Un liberal habrá muerto en la impenitencia final, en esa impenitencia que espanta y horroriza a todo verdadero cristiano; habrá muerto tal vez en el mismo acto de un crimen o en la embriaguez. . . . ¿qué hace la secta? Con el fin de borrar en el pueblo la idea de que aquel infeliz estará probablemente en los infiernos, despliega toda la pompa civil y militar: coronas, marcha triunfal; panegíricos extravagantes y apoteosis del desgraciado pecador, y al fin, suscripciones para levantarle estatuas! Todo, todo para hacer creer a los necios que Dios aprobará esa comedia infernal, colócalo entre sus Santos y gloriosos a un pecador impeni-

tente, o a un enemigo de Jesucristo.

¿Y las complicidades de eclesiásticos débiles? ¡Esas oraciones fúnebres, o más bien, esos panegíricos de los *santos* liberales declamados en la casa de Dios! ¡Esa imagen de Montalvo llevada en Bodegas en medio de una procesión del mes de María! ¡Ese catafalco que se le alzó en el templo de Ambato, ostentando los Siete Tratados con una pluma de oro encima!—Verdaderamente, esta es la abominación de la desolación en el Santuario.

Hay más: Los papeles liberales publicaron, hace poco, que una joven, llamada «América», fue admitida como madrina en la bendición (bautismo, dijeron) de una imagen de la Stma Virgen; pero—la infeliz ni siquiera ha recibido el bautismo cristiano, como tampoco su hermana, que lleva el nombre de «Colombia»:—el padre, que lo es otro

que Eloy Alfaro, no permite que sus hijos sean bautizados, ni que lleven nombre cristiano! El hecho referido tuvo lugar en Babahoyo. Y nada de esto es extraño, pues en Bahía existía el diploma masónico que acredita la pertenencia a la secta anticristiana de tan desapiadado padre y esposo. Puedo atestiguar haber visto personalmente a un hijo del mismo, que en edad de adolescente aún no había sido bautizado, pues la pobre madre no se atrevía a presentarlo en la Iglesia, temiendo las amenazas del fanático marido. ¡Pobre Ecuador!

Perdónenme los católicos del Ecuador si he puesto el dedo en ciertas llagas dolorosas de su cara patria! Puedo jactarme justamente de no cederles en el verdadero amor a su país. Veintitrés años, los mejores de mi vida, empleados en esta misión a que fui enviado por la Divina Providencia, los sufrimientos

morales y físicos por los cuales tuve que pasar por haber militado ahí en el servicio de Dios, son títulos que acreditan la sinceridad de mi protesta. Y si de esto me glorío, Dios sabe que no es por mundanal vanidad: la gloria de todo pertenece al Señor, y del fondo de mi alma repito aquellas palabras del profeta Daniel: *Tibi Domine justitia, nobis autem confusio faciei.* «Tú sólo, Señor, eres justo; a nosotros se nos cubre el semblante de confusión».

La impiedad continuará llamándonos aventureros extranjeros; pero los hijos de la Iglesia no ignoran que el Ecuador no está fuera de esta sociedad que abarca a todos los pueblos, la Iglesia católica, en la cual somos hermanos y conciudadanos; y esto con mayor razón que los hijos de las tinieblas, que para su iglesia del Anticristo no reconocen fronteras y forman, en

efecto. un reino que aspira a ser universal.

Pues, si la caridad cristiana, si el deseo veheméntísimo de ver a esa preciosa porción de la Iglesia que se llama Ecuador, feliz y libre del yugo masónico, me alienta para que hable lo que siento, digo que la República no se salvará sino cuando sus hijos se vuelvan hacia Dios y renuncien a toda connivencia y transigencia con todo lo que huele a Liberalismo. Y por ser el mal ya grande y porque el contagio de la seducción se ha extendido en vastas proporciones, es preciso hablar claro, y señalar sin ambages las causas de las calamidades que Dios ha mandado.

Y ¿no me dijo acaso un noble y distinguido emigrado del Ecuador, al pisar el suelo colombiano, estas palabras, que salían de un corazón lacerado por los desencantos?: «Parece ser necesario que mi Patria haga por algunos

años la experiencia de un gobierno radical, pues toda la aristocracia de... es liberal!» No permita Dios que sea y suceda así; pero la única esperanza de salvación está en confesar los yerros cometidos y evitarlos de hoy en adelante.

Mientras los masones atacaban públicamente la Religión en el Ecuador, y sus socios los liberales les ayudaban, concediéndoles completa impunidad y meciendo a los católicos con las pérfidas protestas de su respeto por la Iglesia, pusieron por obra otro plan que manifiesta cómo la hipocresía de los caballeros del mandil es astuta cuando es cuestión de humillar a la Iglesia.

Sabido es que los altos directores de la Masonería han expedido repetidas instrucciones en que excitan a sus *queridos hermanos* a que trabajen de todos modos para desacreditar y desprestigiar al clero católico, segu

ros de que, perdido en el pueblo el respeto a los ministros del Señor, será fácil acabar con la Religión.

Varios Obispos del Ecuador han reproducido en sus cartas pastorales esos decretos masónicos. Pues, he aquí de que manera los masones ecuatorianos pusieron en práctica el mandato de su Gran Oriente.

La Divina Providencia había colocado en la silla metropolitana de Quito un Arzobispo muy esclarecido por su firmeza inquebrantable en sostener la dignidad de la Iglesia. El Ilmo. y Rvmo. señor Ordóñez no perdonaba desvelos ni sacrificios cuando era cuestión de promover y sostener las benéficas obras del catolicismo. La honra y el brillo del sacerdocio, el esplendor del culto divino, la pureza de las costumbres en el pueblo, las asociaciones de beneficencia cristiana y la resistencia a la propaganda impía: todos estos nobles

objetos eran la constante preocupación del Prelado.

Para contrarrestar y esterilizar los esfuerzos del Metropolitano, la logia quiso herirle en la parte más sensible, desacreditándole públicamente como opuesto al Romano Pontífice. En efecto, primeramente se le denunció en un discurso público y oficial, pronunciado en la misma Catedral de Quito, como *el único punto negro en el horizonte del Ecuador, por hallarse en divergencia con el Papa!* Luego, para apoyar tan indigna calumnia, se valieron los adversarios de telegramas y cablegramas de que ellos disponían, para difamar a lo lejos la conducta de un Prelado, a quien debían haber acatado y obedecido como a su superior inmediato en el orden espiritual.

Al propio tiempo se deshacían esos hipócritas en continuas protestas de obediencia filial al Romano Pontífice, decretaron

fiestas religiosas para acreditar su devoción, y en discursos y proclamas procuraron enmendar y rectificar la conducta de los Obispos del Ecuador, exhibiéndose a sí mismos como los hijos más adictos a la Iglesia Romana. Sin embargo, mal encubrían con esas hipocresías su verdadera tendencia, pues esos hombres, tan católicos en apariencia, inventaron mil molestias y trabas para impedir el ejercicio de la jurisdicción episcopal en la corrección de los pecados públicos y en el sagrado ministerio. En toda verdad se puede decir que, si el Ilmo. señor Checa fue mártir de la Religión, porque los enemigos de la fe le envenenaron en el altar, el Ilmo. señor Ordóñez sufrió un martirio más prolongado y por tanto más doloroso, pues las continuas amarguras que le causaran las pérfidas calumnias y las bien estudiadas malicias de la Masonería minaron sus fuerzas y le hicie-

ron bajar prematuramente a la tumba.

## V

Después de haber labrado el terreno con todos esos trabajos preparatorios, la Masonería arrojó la piel de oveja para mostrar se en su verdadero aspecto. A fines de 1894, se presentaron en la provincia de Manabí dos agentes masónicos, de los cuales el que fue Ramos Iduarte, anunció a los manabitas que venía como jefe de la revolución en aquella parte, y que su misión era matar al Obispo de Portoviejo. (\*) Su compañero, Antonio G Ja-

---

(\*) Así consta por deposición auténtica, dada en la Curia de Portoviejo por una de las personas a quien habló el desgraciado, el que murió de una muerte horrible, cayendo ebrio y blasfemando, a la cabeza de los revolucionarios que conducía para atacar a Portoviejo.

non, que aún vive, hace la misma confesión, expresando su deseo en estas palabras: *hubiera podido quitarle (al Obispo de Portoviejo) la vida material como le maté moralmente.* (Democracia, 9 de nov. de 1895). Dejando otras muchísimas pruebas de los nefandos designios de la logia, cito estos testimonios de los mismos masones, porque, cuando vieron que Dios me había librado de sus manos, protestaron, con el aire más candoroso, de su completa inocencia. Después aquellos dos agentes se pusieron a organizar la revolución en Manabí, formando Comités liberales en todos los pueblos de importancia. En el de Chone celebraron con este fin una Velada literaria en la misma plaza, durante la noche del 10 de agosto, y allí dieron rienda suelta a su impío furor. Trataron al Papa de «Mano negra», que había mandado un Obispo extranjero a Manabí (y los dos

eran extranjeros!); hablaron del Vaticano como del *Antro del crimen*, y el *¡Mueran los frailes!* fue la expresión final de los votos masónicos,

En Portoviejo se había anunciado otra velada semejante para el 24 de septiembre; pero el proyecto fracasó ante la resolución del pueblo, que estaba determinado a volcar la tribuna de los oradores, y a dar un castigo ejemplar a los que se hubiesen atrevido a insultar su Religión. En Rocafuerte, una de las poblaciones más importantes de la provincia, tampoco se atrevieron los agentes masónicos a proceder de día. Sin embargo, durante varias noches tuvieron sus reuniones ocultas en casa del mismo representante de la autoridad, y desde ahí recorrieron las calles, alarmando y horrorizando a todos los vecinos, gritando: *¡Muera Cristo! ¡Abajo la Religión!* Al fin, viendo que Guayaquil y los demás pueblos del

litoral estaban ya en poder de la revolución, reunieron ellos también sus hordas radicales en las selvas de Chone.

Cuando vi como por todos los lados los revolucionarios se acercaban a la capital de la diócesis, y que la fuerza leal del Gobierno legítimo estacionada en Portoviejo, hallándose sin recursos para vivir y sin elementos de guerra para presentar una resistencia prolongada contra tantos enemigos, había resuelto retirarse a Quito; consulté a los sacerdotes que habían acudido en esos momentos supremos, para determinar lo que convenía hacer. Todos unánimemente me rogaron que sin pérdida de tiempo me retirara a Quito, tomando el camino de las densas selvas de la cordillera de los Andes. En el mismo sentido me instaron por carta colectiva las señoras de Rocafuerte, las cuales, sabiendo que carecía de recursos,

me remitieron una suma de dinero para auxiliarme. Reconociendo en estas unánimes instancias una manifestación de la voluntad de Dios, determiné en caminarme hacia Quito, acompañado de unos pocos sacerdotes y tomando una dirección completamente distinta de la que iban a seguir las tropas. Esto lo hicimos con el fin de quitar a nuestros eternos calumniadores el pretexto de exhibirme como partícipe en las operaciones militares; pero dispuso la Providencia que se nos cerrara toda posibilidad de tomar la dirección proyectada, y así, nos resolvimos a tomar la única vía que nos quedaba libre. Sin embargo, preocupados siempre de la idea de evitar toda interpretación malévolas, nos encaminamos solos, los sacerdotes y yo, pensando candorosamente que nadie se opondría a un obispo y sus sacerdotes los que en uso de su pleno derecho trataban de salvar su vida y de

evitar un horrendo crimen a los revolucionarios.

Dios, empero, había decretado que las cosas salieran de otra manera, confundiendo nuestros humanos cálculos para mayor ostentación de su poder y de su bondadosa protección sobre sus ministros y los defensores del sacerdocio, como también para eterna humillación de nuestros perseguidores. En efecto, habiendo llegado por la tarde del día de nuestra salida al pueblo de Calceta, en donde nos acogimos al convento de las Religiosas benedictinas, pronto vimos la casa rodeada de una turba de individuos armados y de funestos semblantes. Hice entrar al que se decía jefe y le pregunté por su intención.—Tengo orden, me dijo, de conducirlo preso al campamento general.—Y ¿quién le ha dado esta orden?, le pregunté. El señor Ciro Dueñas, me contestó.—Y ¿quién le ha dado autoridad a

Ciro Dueñas para apresar a su Obispo? — Eloy Alfaro, fue la contestación. — Y si Eloy Alfaro le diera la Orden de faltar a su Madre, le dije, ¿le obedecería usted? — Por supuesto que no, me dijo el desgraciado joven. — Pues bien, continué yo, más que una madre es para usted su Obispo y Pastor. ¿No sabe usted que su Ciró Dueñas, usted y sus compañeros han incurrido en excomunión por este atentado sacrílego? — A todo esto me contestó el infeliz: No puedo decir otra cosa sino que tengo orden de conducirlo preso. — Aterrado sin duda por las observaciones que le hice, y conmovido por las protestas de mis sacerdotes, que unánimemente le dijeron que, para prender a su Obispo, tendría que pasar por encima de sus cadáveres, se retiró, diciendo que iba a pedir nuevas instrucciones.

Toda aquella inolvidable noche la pasamos sin dormir, y

---

oyendo las horribles amenazas de los radicales, que decían a cada momento que iban a derribar las puertas de la casa para acuchillarnos a todos. ¿Por qué no lo hicieron así? ¿cómo pude librarme de las manos de esos tigres? Dios intervino del modo más palpable; sí, preciso es confesarlo, para la gloria del Señor.

No pudo resistir su Bondad a las súplicas, angustias y lágrimas de aquellas piadosas religiosas; éstas, oyendo las amenazas de los radicales, unas veces recorrían su casa, buscando cómo ocultarnos; otras veces se prostaban al pie del altar, clamando en voz alta y con los brazos extendidos en cruz, que su divino Esposo no permitiera el asesinato de sus ministros; y al fin, ellas resolvieron sacrificarse primero, poniéndose en la estrecha grada que conducía a la capilla, para que los verdugos tuviesen que matarlas antes de llegar a los sacerdotes!

Al amanecer el día, los jefes de las partidas revolucionarias, que durante la noche habían acudido a Calceta, sabiendo que la fuerza armada avanzaba y les iba a dar alcance, consintieron en que yo fuera a tratar con el comandante del batallón constitucional, para evitar el inminente combate y salvar a los rebeldes de un descalabro inevitable. Llegado a la presencia del comandante de la tropa leal, hice, en efecto, todos los esfuerzos posibles para inducirlo a un acomodamiento que, a mi modo de ver, dejaba ilesa su conciencia y honra de militar. Todo fue inútil. A la observación de mis compañeros, que se trataba de salvar la vida a un Obispo, y a sus sacerdotes, contestó el leal soldado: «Si ellos matan al señor Obispo y a los sacerdotes, tendrán la responsabilidad; pero en este caso no dejaré casa en Calceta. Nosotros no haremos mal a nadie, pasaremos a Quito

como es nuestro derecho. Además, yo no trato con esos rebeldes, que no tienen honra ni guardan palabra, y sólo quieren ganar tiempo para perdernos».

Con esto, el valiente y noble militar dió orden a su fuerza de ocupar la población. El combate sangriento que se trabó en seguida terminó con la completa victoria del ejército leal, el cual, no sin razón, atribuyó a la circunstancia de ser aquel día la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y de haber acudido en defensa de los sacerdotes de Jesucristo, la felicidad de no haber sufrido ni una sola pérdida, ni recibido los soldados la más leve herida, mientras cincuenta rebeldes, muertos en el combate, habían ido a dar cuenta de sus horribles sacrilegios ante el tribunal de Dios, quizá sin haber tenido tiempo de arrepentirse de su pecado.

Entre tanto, habían pasado en la capilla de las religiosas

benedictinas unas escenas que recuerdan los horrores de la revolución de 1793. Arrodillados estaban allí los sacerdotes y las religiosas al pie del altar, cuando los liberales, después de haber derribado a culatazos las puertas del convento, se arrojaron contra el grupo indefenso de los ministros del Señor.

Al ver a esas fieras, las religiosas, sobreponiéndose a la natural debilidad y timidez de su sexo, se adelantaron pidiendo con lágrimas que no ofendiesen a los sacerdotes, los que silenciosos y resignados aguardaban la muerte. Pero, viendo que nada podía ablandar a esos corazones endurecidos por la impiedad, y que ya comenzaban a llover los golpes de machetes y rifles contra los sacerdotes, las monjas valerosamente se interpusieron entre los verdugos y las víctimas. Interceptando con sus delicadas manos los golpes, los desviaban y los recibían en

su propio cuerpo; cuando uno de los asaltantes alcanza a descargar un golpe con el cañón de su rifle en la cabeza del joven Eduardo Dekiert.

La sangre de la ancha herida salpica a las religiosas y riega el pavimento del Santuario, el joven vacila y va a caer, cuando el sacerdote Reinaldo Herbrand, su compañero, lo recibe en sus brazos y le sostiene. En este momento, se apodera del sacerdote uno de los asesinos, y blande su puñal para traspasarlo. «Por Jesucristo! no mates a este sacerdote!» exclamó la heroica Madre Genoveva, y detuvo el brazo del sacrílego. «¡Muera Cristo!», grito el bárbaro, y en seguida, para perpetrar más cómodamente sus atentados, arrojaron a los sacerdotes por las gradas del convento y los sacaron a la calle.

Pronto resonaron sus descargas contra las víctimas; los más se tendieron en la tierra y las

balas les pasaron por encima; pero el Padre Angel cayó, traspasado de un balazo el costado. Mientras los habían llevado a la muerte, el sacerdote Herbrand dijo al hombre que le conducía: «Pero ¿qué mal le he hecho a usted? ¿por qué me quieres matar, cuando ni siquiera me conoces?»—«No le conozco, le couteó tó aquel, pero usted es sacerdote y esto me basta!»

Los radicales no tuvieron tiempo para acabar con su obra de sangre, porque los soldados ya habían triunfado y acudían en defensa de sus sacerdotes al grito de ¡Viva la Religión! Y estos cristianos valientes, aún ennegrecidos por el humo de la pólvora, lloraron como niños al ver al venerable Religioso tendido en tierra y bañado en sangre; el comandante Alvarez lloró, como sus soldados, al contemplar esta conmovedora escena.

Los radicales, entre tanto, después de haber invadido el

convento, robaron todos los efectos de las pobres monjas, incluso sus hábitos y su ropa; en la capilla hicieron rodar el tabernáculo por el suelo, y despedazaron con sus machetes el Santo Cristo!

Tal fue el sacrilegio de Calcuta, referido en pocas palabras y pasando en silencio muchas circunstancias conmovedoras. ¿Quién comprende y explica cómo unos hombres, que a fuer de liberales hablan a boca llena de humanidad, cultura y dulzura evangélica, puedan llegar a tales excesos de crueldad? ¿Cómo no respetaron siquiera la presencia de esas venerandas religiosas? ¿cómo no se enternecieron a su vista? ¡Ah! sólo el demonio puede degradar tanto al hombre y despojarle de su bondad natural! Y, que realmente el espíritu infernal haya impelido e inducido a esos desgraciados emisarios del Masonismo, a más de su crueldad, lo prueba el hecho de

que, poco después, tres de esos sacrílegos se suicidaron, como para seguir el ejemplo de Judas, que en su desesperación se ahorcó.

Varios de ellos murieron en aquella misma tarde, según nos lo refirieron los mismos habitantes de Calceta, que con razón reconocieron en esas desgraciadas muertes el castigo de los sacrilegios cometidos.

Es, sin duda, para hacer olvidar los hechos referidos y sepultarlos en el silencio, que la prensa liberal jamás los ha mencionado siquiera; antes bien, trocando maliciosamente los papeles, los masones han inventado los cuentos más horrendos respecto del Obispo y de sus sacerdotes. Según esas patrañas, el Obispo en persona habría dirigido la acción militar y los combates ulteriores, llevando en una mano el puñal, en la otra la tea incendiaria. Todo esto lo han repetido los múltiples órga-

nos de la innoble prensa liberal, sin caer en cuenta de la humillación que arrojan sobre los suyos, que habrían sido derrotados en todos los combates por unos pobres sacerdotes, que nada entendían en el arte de la guerra.

Nuestros valientes y peritos jefes, Almeida Alvarez y Cornejo, ciertamente no tenían necesidad de que nosotros, los sacerdotes, les enseñáramos táctica para batir a los rebeldes. Cuando nosotros, siempre preocupados de evitar combates y pérdida de vidas, rogamos al Comandante Alvarez que no entrara en el pueblo de Chone, el cual creíamos ocupado por el enemigo, nos contestó sonriéndose: «Por en medio de ellos hemos de pasar; aunque sean mil, no les temo; en Portoviejo batí con con sólo ciento veinte soldados del Gobierno a todos cuatro Alfaro, que venían con seiscientos hombres, y les maté doscientos». — Si el Autor inspirado contó

las hazañas del héroe macabeo, ¿por qué no se han de contar las proezas de nuestros héroes cristianos?

Cuando estalló la revolución radical, se componía la guarnición de Portoviejo del batallón número 4 y de la mitad del número 2. Desde meses atrás no habían recibido sueldo, y sólo de vez en cuando se les pasaba la ración del día. Muchos soldados del número 4 estaban enfermos en el hospital militar, cuyo practicante había huído y pasado a los rebeldes, llevándose también el botiquín. En esa triste situación se encargaron dos religiosas de Portoviejo de la asistencia de los enfermos, dándoles medicinas y el mismo alimento que compraban con sus propios recursos.

Los revolucionarios, que no se atrevían a medirse con sus decididos adversarios, acudieron a los medios de seducción para inducirle a la traición, ofreciéndole

doles el pago de los sueldos atrasados, honores y alhagos; todo parecía conspirar para hacerles flaquear en su deber militar.

En efecto, la fracción del batallón número 2 cedió finalmente, con la honrosa excepción del jefe segundo, cuyo nombre siento no recordar ahora; éste se unió con la tropa leal.

Otro tanto hizo el señor don Eduardo Cornejo, gobernador de la Provincia de Esmeraldas, en donde había experimentado ya la crueldad radical. Cuando su digna esposa y sus tiernos hijos se embarcaron con el fin de tomar el vapor de carrera y llegar a Guayaquil, los rebeldes tuvieron la inhumanidad de descargar sus rifles contra la caucua en que iba la señora con sus hijitos.

El señor Coronel don José Almeida, militar perito, tan estimable por su firmeza y constancia en sus convicciones católicas, como pundonoroso en su

deber de soldado: no vaciló un instante en decidirse por los azares de una marcha de treinta días al través de un país ocupado por el enemigo y por las inhospitalarias montañas de la Cordillera Occidental, para conservar a la nación el importante contingente de una tropa aguerriada y fiel. La presencia y palabra de este digno jefe sirvieron mucho para inspirar confianza a todos y sostener en los soldados la idea de su alta y noble misión.

¡Honor a todos estos valientes! Cuando en estos países, con sus incesantes revoluciones, se ven tantos ejemplos de traición y perfidia, se recrea la vista con el espectáculo de una tropa fiel y firme, que salvó la honra nacional infinitamente mejor que aquellos declamadores liberales sobre la reparación de la honra del pabellón ecuatoriano!

Cuando representaba al comandante Alvarez las penalida-

des de un viaje por la montaña, que yo conocía por haberla atravesado una vez, me contestaba invariablemente: «Sufriremos penalidad y media, pero no nos pasaremos a la revolución!»

Este jefe, apenas restablecido de las fatigas de la campaña de Manabí, acudió a batir a los rebeldes en Ambato. Estos habían ocupado una posición fuerte en el puente que da acceso a la población; Alvarez los desalojó de allí y entró victorioso en la ciudad, cuando una bala enemiga le hirió mortalmente. La víspera del combate se había confesado con el capellán de su tropa, y antes de espirar pudo recibir todos los consuelos de la Iglesia. ¡Descanse en paz y disfrute en Dios del premio de la protección que dió a los sacerdotes de Jesucristo!

Al señor Almeida y al señor Cornejo les hemos visto llevar con dignidad las privaciones del destierro, sostenidos por la fir-

me convicción de que la justicia que han defendido triunfará, o en este mundo, o en el otro. A los impíos, que ahora se creen invictos, pueden explicar aquella sentencia: *Yo vi al impío elevado como el cedro del Líbano, — pasé y ya no había nada, lo busqué y no hallé el lugar en que había estado. Sí; ¡Dios no muere!*

Mientras se combatía en los alrededores de Calceta, nos ocupamos, yo y mis compañeros, en implorar la misericordia de Dios. Conmigo estaba el capellán de la tropa, tres sacerdotes más y un joven manabita; todos hicimos oración en un bosque inmediato que nos ofrecía alguna seguridad contra las balas, que caían cerca de nosotros.

He dicho que nuestros perseguidores me han exhibido como quien dirigía la batalla, andando a la cabeza del ejército, *con la tea incendiaria en una mano y el rifle o puñal en la otra!*

A esos pérfidos calumniadores los cito y emplazo ante el Tribunal de Dios! Por ellos habla aquella bestia apocalíptica, cuya boca desvergonzada sólo Dios puede cerrar; pues esos hombres no buscan la verdad, sino la venganza y la mentira, para ocultar su propia deshonra y satisfacer su despecho de que hayamos podido salvarnos de sus manos. Para confundirlos, basta oponerles las dos protestas de los vecinos más conspicuos de Calceta, los que indignados por las audaces calumnias de nuestros enemigos, las rechazaron en los términos más enérgicos; basta oponerles la acusación pública que posteriormente se hicieron dos radicales en la plaza de Calceta, denunciándose mutuamente como autores del incendio que devastó aquella población.

Digna y humana fue igualmente en aquella ocasión la conducta del comandante Alvarez y

de los suyos; pues, apenas entrados en el pueblo, hicieron cesar los fuegos, para evitar nuevas desgracias. Cuando estalló el incendio, el comandante ofreció espontáneamente el auxilio de sus soldados para contenerlo y, sólo cuando conoció que podía temer durante aquel tumulto un nuevo ataque y sorpresa de parte del enemigo, ordenó que se continuara la marcha.

En cuanto a nosotros, que ya habíamos experimentado lo que debíamos esperar, si hubiéramos continuado el viaje solos y sin defensa, no tuvimos otro recurso que confiarnos a la protección de los libertadores que Dios nos había enviado en el momento en que íbamos a ser sacrificados.

Aun esto nos lo han censurado nuestros enemigos, como si la defensa del sacerdocio de Jesucristo no fuera la misión más noble de soldados cristianos. En cuando a mí, no podía menos de

Para completar el cuadro de los contrastes entre la fe cristiana y la caridad sacerdotal, por un lado, y la crueldad radical, por el de los rebeldes, me será permitido referir otros dos hechos significativos.

Al acudir los soldados a Calceta en defensa de sus sacerdotes, sorprendieron a un revolucionario, que se había retardado, cerca del punto en que yacía herido el Padre Angel. Los soldados, indignados por la cobarde crueldad de esos asesinos de indefensos eclesiásticos, iban a fusilar al infeliz revolucionario; pero el buen Padre les suplicó por la Pasión de Jesucristo que perdonaran la vida al asesino, y los soldados le obedecieron sin réplica. Poco después vi yo mismo a un jefe revolucionario, culpable de muchos crímenes, entre ellos, de un asesinato público cometido en el pueblo de Chone. Se tenía asido del Padre

Gaspar, también misionero capuchino, y le suplicaba en estos términos: «¡Padre! ¡no me deje matar!» El buen Padre le contestó: «No te apartes de mí; mientras estés conmigo, no te matarán». Y el religioso, efectivamente, le salvó la vida. (\*)

Teniendo a la vista estas obras de la revolución liberal, mientras se preparaba para invadir el interior de la República, se presenta naturalmente la pregunta que nos hicimos arriba: ¿por qué retrocedemos? ¡Ah! Israel había prevaricado, y el pueblo se desconcertó y huyó ante Nabucodonosor y sus babilonios.

---

(\*) Fue Dionisio Andrade Mal pagó la caridad del sacerdote; pues, al año después, fue a Canuto, y armado y entre amenazas y blasfemias, entró en la Iglesia en busca del Administrador apostólico de la Diócesis, para prenderlo y, quizá, para fines peores.

*Peccatum peccavit Jerusalem propterea instabilis facta est.*  
El pecado fue el pecado liberal de permitir que se blasfemara contra Dios y sus santos! El pecado fue que muchos, muchísimos con su silencio y prudencia humana, con su temor del sacrificio, dejaron de oponerse a la propaganda impía y a la seducción del pueblo!

Pero prosigamos en la enumeración de las obras masónicas.

Apenas instalados en la capital, los sectarios quisieron dar una interpretación solemne a su *¡Muera Cristo!*

Cierta noche, de funesta memoria, serían las ocho y media, las hordas traídas desde las selvas de Esmeraldas y de las riberas del Daule, se encaminaron en dirección a la residencia del Metropolitano de Quito, armados de puñales y machetes. El cabe cilla había hecho retirar a tiempo la fuerza que a título de «Guardia de honor del Jefe Su-

premo» le rodeaba, para no tener que prestar auxilio a la víctima; las bocacalles y salidas a la plaza se habían ocupado con fuerza militar, para impedir que el pueblo de Quito auxiliara a su Arzobispo.

Las puertas del palacio caen a los golpes de los asaltantes, y éstos penetran hasta la habitación del Prelado. A vista de estos demonios enfurecidos, el Arzobispo cae de rodillas y, bañado en lágrimas y asido de su Cruz pectoral, les suplica que no consuman el horrendo crimen a que los habían enviado sus jefes, los que en aquella hora se regalaban en un banquete opíparo.

El Arzobispo, solo y sin defensa, no se salvó sino a favor de la rapacidad de esa turba, que se puso a saquear el palacio y robar cuanto encontró, dando así tiempo al Prelado para huír, asilándose en la casa de un ministro diplomático extranjero.

¡Ah! El crimen queda consumado! La ofensa hecha al primer Pastor de la Iglesia ecuatoriana no puede ser borrada con protestas tardías; pero, si tan horrendo crimen no fuera suficiente para abrir los ojos a los más ciegos sobre la tolerancia y humanidad masónico-liberal, habría que desesperar del catolicismo ecuatoriano!

Cuando me represento esa turba frenética, corriendo por las calles de Quito para ultrajar en medio de esa piadosa ciudad al primero de los ministros de Jesucristo, me parece ver correr en medio de ellos a los mismos demonios, aguijoneándoles y azotándoles para que corran más ligero.

¡Ah! ¡cómo se habrán estremecido allá en su fría tumba del Tejar y de San Diego los restos de esos viejos quiteños, tan renombrados por su fe y catolicismo, y cómo habrán retumbado

los infiernos con sus aplausos de ahullidos y de rechinar de dientes, al saber que el querido hermano había consumado tan a su gusto la humillación del sacerdocio de Jesucristo!

Nada pierde de su carácter oficial ese atentado sacrílego, esa interpretación del «Muera Cristo», por el «Pésame singular» que el jefe y cabecilla de los demoleedores de la Teocracia ofreció a su aterrada víctima, queriéndose lavar las manos al modo de Pilatos.

Y ¿no hundió él también su puñal en el lacerado corazón del augusto Prelado, cuando ahí le dijo, que deploraba lo acontecido, pero que el clero era el responsable? Y ¿en qué consistía la culpa del clero? En haberse imprimido en la imprenta llamada «del clero» dos números de un periódico católico, redactado por dos seglares estimables, y esto en virtud de la libertad

de imprenta, tantas veces garantizada por el liberalismo. (\*)

Parece que los tristes laureles que los liberales se ganaron en Quito contra los ministros del Señor, excitaron la emulación de sus hermanos de Manabí. Cuando llegó a aquella provincia un telegrama *oficial* con la patraña de que el Obispo de Portoviejo había caído prisionero, tras un combate sangriento de doce horas, los radicales de Chone se armaron y se pusieron en camino para el pueblo de Canuto, con el fin de prender al Rvmo. señor Administrador apostólico de la Diócesis, doctor

---

(\*) Uno de los redactores en cuestión, el estimabilísimo señor Vivar, acababa de ser asesinado por orden de aquel Franco que expulsó a los Capuchinos. El titulado "General" mandó fusilar al escritor católico en una plaza de Quito; tal es la dulzura evangélica de esos redentores del pueblo.

don Vicente Loor, tan conocido y tan estimado en aquellas comarcas: Felizmente, el señor Loor fue avisado a tiempo y pudo fugarse; y esos hombres impíos penetraron en el templo y, furiosos de no encontrar a quien buscaban, llenaron el Santuario con sus acostumbradas blasfemias, escandalizando a los fieles que estaban reunidos para la fiesta de la Santísima Trinidad.

Cuán implacable es el odio de esos desgraciados contra los prelados de la Iglesia, se conoce por el pretexto que allegaron para expulsar a los Misioneros capuchinos del Ecuador. Les inculparon, como acción criminal y digna de la pena del destierro, el haber acompañado en su viaje para Quito y para Colombia al Obispo de Portoviejo! Cedo aquí la palabra al Padre Agustín, misionero capuchino, quien publicó la relación de esa memorable hazaña liberal:

---

«El día 16 de Marzo pasado se presenta en el Convento de Ibarra el señor Comisario, entregándonos una nota del señor Franco, en la que se nos intimaba la desocupación del convento, en el término de seis horas y la salida de la República, dando por motivo el haber acompañado a Colombia al señor Schumacher.

«Como ninguno de la comunidad había tenido la honra de acompañar a ese dignísimo y por mil títulos respetabilísimo Prelado de la Iglesia, nos apresuramos a contestarle al señor Franco, el cual con toda frescura o necedad contesta: «Cúmplase la orden». El señor Obispo de Ibarra escribió al señor Franco, rogándole desistiese de tales propósitos, a lo que aquel contestó: «que sacaría a los capuchinos, aunque para ello tuviese que ametrallar a la mitad de la población,

A pesar de tantas patrañas, embustes y calumnias inventadas por los suyos contra las Ordenes religiosas, el señor Franco no pudo hallar otro pretexto, para inferirnos tan grave ultraje, que haber acompañado al señor Obispo Schumacher; y éste, con tan mala suerte, que ni aun en esto supo decir verdad. Y, suponiendo acto criminal una acción la más caritativa, la más cristiana y la más honrosa, dió a entender que desconoce las leyes más elementales de religión, de derecho y de educación.

«Como más tarde se manifestase que se sacaba a los religiosos por ser extranjeros, un Padre ecuatoriano les manifestó que, supuesto era así, entonces él podría quedarse; a lo cual se le contestó: «También debe salir, porque a usted no se le saca por ser extranjero, sino por ser capuchino».

En efecto, en altas horas de la noche, los capuchinos fueron

sacados de su convento y, sin consideración por los ancianos y los enfermos que en la comunidad había, les hicieron camiuar a pie y entre una fuerte lluvia que estaba cayendo. En el para je ardiente y malsano del río Chota los detuvieron durante tres días, mojados como estaban, como para hacerles tomar las tan temidas fiebres que allí reinan.

Los capuchinos del convento de Tulcán, sabida la expulsión de sus hermanos de Ibarra, aguardaban por momentos la misma suerte. En efecto; supieron, por una comunicación confidencial, que la orden estaba dada de arrojarles de su convento. Se confirmó la sospecha de las hostilidades cuando las autoridades radicales colocaron una escolta de soldados, los que impedían el que ninguna persona se acercara. En esta situación salieron algunos religiosos y pasaron la frontera. Los religiosos que ha-

bían quedado *recibieron la orden terminante de desocupar inmediatamente el convento.*

Los liberales, con su acostumbrada hipocresía, protestaron ante el pueblo de Tulcán, consternado por la expulsión de sus queridos religiosos, que no les habían expulsado. *De gana se tueron* los Padres, dijeron entonces y siguen diciendo hasta ahora.

Y, ya que los hijos de San Francisco han sufrido tantos vejámenes por el bien que me hicieron a mí y a mis sacerdotes, sea esta la ocasión de ofrecerles un tributo público de nuestra admiración y gratitud. Ellos, no sólo nos acompañaron y nos alentaron con su ejemplo en todos los horrores y peligros que atravesamos desde Manabí al Carchi, sino que también, después de habernos guiado como ángeles tutelares a un lugar de refugio, nos dieron la más cordial hospitalidad durante mu-

chos meses, con aquella modesta alegría de que tienen el secreto los pobres hijos del Patriarca de Asís.

El Padre Angel tuvo la dicha de derramar su sangre allá, en Manabí, en testimonio de la fe que con tanto fervor había predicado a los manabitas. El bondadoso Padre Gaspar, olvidándose constantemente de sus propios sufrimientos, fue el ángel que nos condujo por las selvas de Chone, siempre animado y siempre animando a los sacerdotes y a los militares en las penalidades del camino, y consolando a los prisioneros de guerra a quienes procuraba alimentos, y para quienes pedía a los jefes militares que se les pusiera en libertad y dejara volver a sus casas.

Un bien más precioso aún debo a los amados Capuchinos, y es, haber aprendido en su compañía a conocer mejor la riqueza que se halla en la pobreza

apostólica que ellos profesan y practican.

Esse inquebrantable valor, cuando se trata de sostener a la Iglesia y a sus prelados, ese contento, esa alegría en medio de las privaciones, despojos y destierros, son frutos de aquella virtud propia de hombres apostólicos, que nada poseen en esta tierra y nada ambicionan,

No tengo valor ni me siento con la misión de trazar el cuadro de sangre y lágrimas y de estragos de todo género que el masonismo liberal ha producido durante el primer año de su dominación en el Ecuador. Paso en silencio la suspensión de todas las obras públicas, el aumento de todos los impuestos y su inversión arbitraria en exclusivo provecho de los socios; la supresión de la Constitución y el carácter de leyes públicas dado a los decretos del Jefe supremo; la susti

tución de la voluntad de un solo hombre a la de la Nación; la destrucción de las imprentas independientes y el encarcelamiento de los publicistas católicos; la flagelación, hasta la sangre, de los soldados sospechosos de renuencia,—sangre que regó los empedrados de Quito, mientras llevaban a esos infelices al hospital, en donde murieron varios a consecuencia de la tortura; nada digo de las interminables confiscaciones de haciendas con sus enseres para saciar la venganza y codicia de los nuevos amos: todo esto lo dirá mejor algún hijo del Ecuador, para que se conozca la dulzura evangélica, el respeto al pueblo soberano, las libertades omnímodas del liberalismo redentor, y el carácter de esa libertad *eucarnada* o sea escrita con letras de sangre por el invicto y querido hermano. ¡Ah! razón tienen los masones de exclamar en Chile: *¡Cuán distinto es ahora en el*

*Ecuador; no era así mientras existía la Teocracia!*

Y ¿qué será cuando esos *invictos hermanos* tengan por conveniente reunirse en conciliábulo o «Convención», para dar a sus teorías la apariencia de leyes públicas? ¿Qué quedará de libertad religiosa? ¿Qué será de la enseñanza y de la educación de la juventud ecuatoriana? Causa horror el fijar la mirada en ese negro horizonte. Preocupada con su misión de acabar con el reino de Dios, la facción masónico-liberal, no ha podido postergar su propósito de perder a la nación ecuatoriana, expulsando los maestros cristianos, que enseñaban la ley de Dios a los niños. Así fueron expulsados los dignos y abnegados sacerdotes franceses que dirigían con tanto provecho el Colegio Mercantil de Bahía, los cuales se retiraron acompañados del llanto de todo aquel pueblo; y así los religiosos franceses de Tul-

cán. Los Hermanos Cristianos, a cuyas escuelas, sólo en Quito, concurrían mil doscientos niños, fueron arrojados de todos los establecimientos que dirigían en el Ecuador. ¿Quién se pondrá en su lugar?

¡Ah!, un hecho, altamente significativo, indica de qué manera el Masonismo piensa pervertir a los hijos del Ecuador.

De los que há veinte años perpetraron el crimen de asesinar al primer magistrado del Ecuador, al ínclito García Moreno, existían dos sobrevivientes; pues bien: la logia ha ido a buscarlos y, a esos asesinos manchados con la sangre de tan insigne víctima, les ha colocado en Ibarra y en Portoviejo al frente de los colegios nacionales, sin duda con fin de premiar los servicios que prestaron a la causa masónica, y para que formen generaciones que imiten el ejemplo de tales maestros! Lo que no comprendo es que haya

católicos en el Ecuador que entreguen sus pobres hijos a esos hombres, y los honren con su amistad y confianza.

## VI

He nombrado a García Moreno porque su nombre es inseparable de la causa católica y de la grandeza y prosperidad del Ecuador.

No se me oculta que, al mentar este nombre en medio de los hijos de Colombia, habrá quienes no le tributen su admiración sin poner una reserva, porque en dos ocasiones movió guerra contra su patria. Sólo Dios es perfecto en todas sus obras; hombre fue García Moreno, y como tal, él mismo no pretendió ser exento de yerros, pues pidió, y con lágrimas, a los representantes de su nación que le perdonaran sus faltas. Formen, por tanto, los colombianos sobre aquellos sucesos el juicio que

les dicte su amor patrio y la justicia; pero en una cosa conven-  
drán conmigo

García Moreno procuró siempre comunicar al Ecuador a manos llenas los beneficios de la civilización cristiana. Y que haya conseguido este noble propósito, lo prueban los años de indiscutible prosperidad en todo sentido que proporcionó a su patria con su incomparable actividad y talento.

García Moreno encontró a su país arruinado por medio siglo de gobiernos liberales y reducido al estado de cadáver, según su gráfica expresión, y, al morir, lo dejó libre, próspero y dotado de todos los elementos de progreso. Y ¿cuál fue el resorte de esa poderosa y feliz transformación? El mismo va a decirnoslo en el último mensaje que dirigió a los representantes de su Nación; hé aquí sus palabras, o más bien, su testamento: *No perdáis jamás de vista, Legis-*

*ladores, que todos nuestros pequeños adelantos serían efímeros, si no hubiéramos fundado el orden social de nuestra República sobre la roca, siempre combatida y siempre vencedora, de la Iglesia Católica!*

Estas palabras debieran estar grabadas con letras de oro en el pedestal de la estatua del que fue el hijo más insigne del Ecuador, allá en la plaza de la Catedral de Quito, frente al templo y frente a la casa de Gobierno.

Pero esta estatua de García Moreno ¿en dónde existe? ¡Ah! triste, doloroso y humillante es decirlo: el extranjero que visita la capital del Ecuador y pisa con emoción las gradas que subió García Moreno pocos instantes antes de su martirio, y contempla horrorizado el lugar donde agonizó, traspasado por el puñal de los masones, no halla allí ni siquiera una placa conmemorativa del héroe y de su sacrificio; sus ojos buscan en esa plaza la

---

estatua y el nombre del héroe, y no encuentran nada!! (\*)

¿Será este descuido de los ecuatorianos en honrar la memoria de su más insigne bienhechor, quien por ellos y por su Dios sacrificó su vida, será acaso el termómetro de su indiferencia por el mismo principio de su grandeza? ¡Ah! ¡No lo permita Dios! Entre tanto ¡cuán distinto es el cuidado de masones y liberales para honrar a los suyos, aun a las más insignificantes nulidades! Mientras el Ecuador no ha alzado ninguna estatua a su verdadero libertador, los liberales han tenido la impertinencia de quitar de sus pedestales a los mismos santos de la Iglesia, para colocar en ellos a sus héroes.

En efecto; los liberales, sin respeto por los venerandos recuerdos y las tradiciones católicas del pueblo de Quito, borraron

---

(\*) Un distinguido caballero inglés me hizo esta observación.

de las calles y plazas públicas los nombres de los santos tutelares de la ciudad, para ponerles los de su curioso *martirologio*; —pensando sin duda que así lo exigía el *progreso*!

No faltará quizá quien me tache de minucioso o de *intransigente* en este punto: pues, que reserve el calificativo de *intransigente* para el Liberalismo, cuando éste no ha podido transigir ni con los santos, llevado, como es en todo, por su fanatismo de laicizar y descristianizarlo todo; para este bando nada es minucioso, con tal que de alguna manera sirva para hacernos olvidar a Dios y los beneficios de la divina Redención.

Es tradición que en la plaza de San Francisco de Quito se sembró el primer trigo que, según refiere Alejandro de Humboldt, trajo desde Alemania un religioso franciscano, en un cántaro que todavía vió en aquel convento el célebre explorador

alemán; siquiera por esto debían haber dejado en su puesto al Patriarca de Asís. Pero, tal es el fanatismo de la secta;—hasta en Jipijapa existe una calle que ostenta una tabla con el rótulo: Calle de Juan Montalvo!—Con esto volvamos a García Moreno.

Que masones y radicales titulen a García Moreno «tirano manchado de sangre», esto se explica; pues ¿cómo habrían de perdonarle esos sempiternos enemigos de la paz pública el bien que hizo a su patria, cuando cortó con su espada justiciera las cabezas de la hidra revolucionaria, que se tragaba los hijos de ese pueblo infeliz, que paga siempre las egoístas ambiciones de bandoleros liberales y de sus *Generales y Jefes Supremos?*

Jamás perdonarán éstos a García Moreno la gloria del triunfo de Jambelí, en donde deshizo sus perversos designios, cumpliendo con una hazaña que apenas tendrá igual en los fastos

de la América latina. Todo en aquel triunfo fue grande y digno de admiración de parte de García Moreno; de parte de sus adversarios, todo fue humillación y vergüenza. Noble fue, ante todo, el fin por el cual el héroe católico empuñó la espada, que fue rechazar una gavilla de conspiradores de diversos países que venían para arruinar la naciente prosperidad del Ecuador; noble fue la conducta de García Moreno, pues expuso su persona para salvar a la Patria, mientras los jefes rebeldes se pusieron en salvo y abandonaron a sus ilusos mercenarios en el momento del peligro; y sobre todo elogio fueron la energía y la rapidez con que García Moreno cayó sobre los invasores, con una fuerza muy desigual por el número de sus valientes y por la carencia de naves para medirse con la armada de los rebeldes: un solo vapor mercantil y una pequeña falúa, contra cinco

---

vapores de guerra que traían los invasores.

Y, si en aquella ocasión midió García Moreno a los rebeldes con la misma vara que ellos acababan de aplicar a los defensores de la justicia, es de considerar que éstos habían asesinado alevosamente a los soldados ecuatorianos que formaban la tripulación del único buque nacional de guerra estacionado en el puerto de Guayaquil. Fue esto, de parte de García Moreno, un acto de justicia a la Patria, mientras los invasores, que mataron sin razón ni justicia a los soldados leales, son los verdaderos tiranos manchados de sangre inocente. (\*)

---

(\*) García Moreno, a instancias de un sacerdote, había perdonado la vida a uno de los jefes rebeldes, tomado con las armas en la mano, cuando notó que el individuo llevaba el uui.

Que otros censuren a García Moreno, porque, en medio de los interminables trastornos que los enemigos de la paz provocaron durante el primer período de su administración, salvó al pueblo ecuatoriano *a pesar* de una constitución que los liberales habían fabricado expresamente para atarle las manos y favorecer a los revolucionarios; esto también se explica por aquella teoría liberal que no reconoce ninguna ley superior a esas constituciones que formula a su gusto y conveniencia, borrándolas cuando le place, con un simple decreto emanado de la

---

forme ensangrentado del comandante de la tripulación del vapor nacional a quien los facciosos habían apuñalado; dijo entonces: "No hay indulto para asesinos"; y ordenó que se le aplicara la pena decretada por el código militar.

usurpada autoridad de algún *Jefe Supremo*. (\*)

Acabamos de ver cómo y por qué masones y radicales odian con odio implacable a García Moreno: vamos a ver, ¿ha hallado gracia a los ojos de las otras secciones y fracciones del liberalismo manso, contemporiador y moderado?

---

(\*) La constitución que García Moreno encontró en el Ecuador al encargarse por vez primera de la Presidencia, prohibía castigar cualquier conato de revolución, cuando no se había realizado. Sólo cuando la revuelta se había efectuado, era permitido apagar el incendio, pero a condición de que la casa estuviera quemada!!!

¡Cuán distintos son los procedimientos de los radicales! Estos fusilan, confiscan y expulsan sin compasión ni remordimientos; y si alguien se atreve a reclamar por la imprenta, fusilan al imprudente reclamador, y destruyen tipos y máquinas!

La persona de García Moreno, bajo cualquier aspecto que se la considere, ora en la vida privada, ora en su carrera de magistrado público, ofrece los más preciosos ejemplos de virtudes cristianas, las que únicamente constituyen la verdadera grandeza del hombre.

Considerándole en su vida privada, hallamos, no meramente algunos hechos notables, ni virtudes aisladas, sino un desarrollo y progreso constante, así de sus talentos naturales como de su espíritu religioso, y todo esto por la influencia de las máximas de la fe cristiana, y con los auxilios de la gracia. En su juventud fue el modelo de sus coetáneos por su moralidad intachable, su aplicación extraordinaria al estudio de las ciencias y su energía en el cumplimiento de sus deberes. Más tarde fue el modelo de un esposo cristiano y de un padre de familia cumplido. En medio de sus innu-

merables atenciones públicas, no dejó de mirar como su obligación más importante trabajar en la perfección y salvación de su alma; buscaba y reconocía con cristiana humildad los defectos de su carácter, procurando reformarlos con la oración y la penitencia, esto con tan notable provecho; que los que tuvieron la dicha de conocer a García Moreno de cerca, sobre todo en los últimos años de su vida, le vieron perfeccionarse y transformarse con la adquisición de virtudes propiamente heroicas.

Hablando de la vida pública de García Moreno, no haré más que señalar algunos contrastes que lo elevan infinitamente sobre los pretendidos héroes del Masonismo.

García Moreno, cuando fue Presidente del Ecuador por vez primera, comenzó por reducir la renta que le asignaba la ley: la rebajó de \$ 18,000 a sólo \$ 12,000! Cuando la Masonería

Instaló a su Alfaro en el usurpado solio, reclamó inmediatamente para el la ingente suma de \$ 30,000: es decir, casi tres veces más que García Moreno!

Sin duda, los demás hermanos se harán pagar sus servicios en la misma proporción *progresiva*, pues la logia ha vaticinado que con el triunfo del invicto hermano han llegado días prosperos y felices para la orden! El pueblo soberano lo pagará todo!

García Moreno pagaba con escrupulosa exactitud su respectiva renta a todos los empleados públicos; satisfizo, no sólo los intereses vencidos de la deuda nacional, sino que pagó y extinguió la misma deuda casi en su totalidad, librando a su país de un gravamen oneroso, y restableciendo el crédito público del Ecuador en Europa. Todo esto lo hizo sin interrumpir las numerosas y costosas obras públicas que había emprendido.

---

Preguntado por el secreto de esta tan prodigiosa multiplicación de los recursos nacionales, contestó el grande hombre con su característica franqueza: *Es que yo ni robo ni permito robar!* (\*) El jefe de la facción masónica, apenas instalado en Quito, decretó la suspensión del pago de los intereses de la deuda nacional, declarando así la República en estado de quiebra y arruinando su crédito exterior; ordenó también que los diversos fondos, destinados a obras públicas, ingresaran en el tesoro general, del cual sólo los hermanos de la «Orden» tienen la

---

(\*) Cierta día, una persona amiga de García Moreno, le había aconsejado que diera un banquete diplomático, y al efecto le entregó la suma de \$ 500. Contento se fue aquel al hospital de Quito: allí ordenó que se diera una comida extraordinaria a los pobres enfermos, pagando el gasto con aquellos \$ 500.

llave; sin que el catecismo cristiano, que han abolido con la Teocracia, les impida decir: *yo robo y permito robar!*

García Moreno formó una magistratura honrada, digna y bien disciplinada; él puso fin a los métodos rutinarios y dispendiosos que entorpecían la marcha de la administración; organizó el tribunal de cuentas para ejercer una vigilancia minuciosa sobre la inversión de los dineros públicos; y formó un ejército pequeño, pero moral y bien disciplinado, como convenía a la República. La Masonería ha venido trayendo esa multitud de *generales y coroneles* improvisados, que el pobre pueblo deberá mantener. En cuanto a la Magistratura en el nuevo orden de cosas, basta fijarse en el hecho de que todos los ciudadanos que en algo estiman su dignidad personal, se han retirado, como acaba de suceder en la capital, después del asesinato del señor

Vivar, ejecutado por orden del jefe militar de Quito.

García Moreno juzgaba que, en su carácter de primer magistrado de una nación católica, debía dar a sus conciudadanos el ejemplo de la sumisión a los mandatos de la Iglesia y del respeto al culto católico. No es posible recordar, sin sentirse penetrado de profunda edificación, el espectáculo que aquel fervoroso cristiano ofrecía en el templo a la multitud de los fieles con su continente grave y religioso, durante los oficios divinos, en medio de los representantes del gobierno y de la fuerza armada, y teniendo consigo a su tierno hijo, para enseñarle cómo se debe adorar a Dios.

Y ¿cuándo hubiera tolerado García Moreno esas publicaciones escandalosas e injuriosas a la Divinidad? Toda esa turba de literatos a la Voltaire, que ahora pululan, se ocultaban entonces, como aves nocturnas

murciélagos e insectos venenosos, que no salen sino después de puesto el sol. El sol se ha puesto, y el Oriente masónico se ha subido al horizonte del Ecuador; ya es de noche, es la hora de las potestades tenebrosas; la impiedad anda audaz y desvergonzada; la asistencia de los agentes de la Masonería en los oficios divinos es un escándalo, que ofende y aflige al pueblo creyente.

Es verdad que ya en la época del Progresismo las asistencias oficiales a las solemnidades religiosas dejaban mucho que desear. Las procesiones de la fiesta de Corpus habían llegado a ser un escándalo, en vez de edificar al pueblo. En muchos balcones de las casas del tránsito exhibían damas elegantes sus afeites y trajes lujosos, mientras los del cortejo oficial se distinguían únicamente por su disipación, hablando y lanzando miradas impertinentes a aquellas indevotas,

---

con grave ofensa del Dios sacramentado.

Tan cierto es todo esto, que algunos eclesiásticos opinaban entonces mismo que, en tales circunstancias, hubiera sido preferible para los intereses religiosos suprimir toda la ceremonia, ya que no era en honra de Dios, sino más bien en daño de la fe.

Una sola mirada centellante de García Moreno, ¿que digo?, su sola presencia hubiera bastado para remediar esos desórdenes. (\*) Pero, si se quiere ver en esas exhibiciones oficiales del Progresismo el propio carácter o valor moral y religioso de todo el sistema, no hay inconveniente:

---

(\*) Recuerdo como García Moreno, estando en la catedral de Quito y viendo que un capitán de la tropa estaba hablando y riendo, le dictó inmediatamente pena de prisión de tres días.

fue un oropel sin valor que cubría tumores y podredumbre.

Ahora bien; ha habido quienes censuren a García Moreno de que no hubiera formado escuela de hombres políticos que pudieran continuar su obra. Pero ¿no son, por ventura, sus virtudes, sus ejemplos y obras un libro abierto para todos; una cátedra de enseñanza, desde la cual habla a sus compatriotas aún después de su muerte, para mostrarles como se debe encaminar a una nación cristiana al verdadero progreso?

Y ¿por qué no existe hasta ahora en el Ecuador una biografía de García Moreno, que sirva de texto en las escuelas nacionales, para que la juventud ecuatoriana conozca e imite sus virtudes? Existen biografías de este héroe católico, pero escritas en lenguas extranjeras y por autores extranjeros; en el Ecuador no se ha escrito ninguna. En los colegios católicos de

Francia, Alemania y Estados Unidos se representan las escenas de la muerte de García Moreno, celebrándolo como mártir del catolicismo; en las escuelas del Ecuador no se ve siquiera su retrato!

Mucho mejor entienden los masones su negocio de perversión. ¡Así es, por ejemplo, que en Guayaquil, han publicado ediciones baratas y populares de las sátiras más picantes de Montalvo, y las están propagando entre el pueblo, para pervertir o más y más con esas lecturas malsanas!

## VII

Ya que hablamos de Juan Montalvo, sea esta la ocasión de poner en mayor evidencia la deplorable connivencia que los contemporizadores han tenido con el bando de la impiedad, cuando a ese diminuto Voltaire de Ambato han decernido el

título de *gloria nacional del Ecuador*. Sí; los mismos que titulan a García Moreno tirano y saludan el día de su muerte como la aurora de la libertad ecuatoriana, nos dicen de Juan Montalvo que, si bien los eclesiásticos tienen por qué quejarse de él, esto no es un inconveniente para que ellos, es decir los del *Progreso*, le miren como una gloria nacional.

Desde luego se les podría preguntar a esos tales si son católicos o no. Si no lo son, ¿por qué se confiesan y comulgan entonces?—Si lo son o quieren serlo, ¿cómo ignoran que la honra de la Iglesia católica no puede ser para ellos cosa indiferente? ¿que no sólo los sacerdotes, sino todos los católicos sinceros, deben defenderla contra los que, como Juan Montalvo, han trabajado en oscurecerla con sus escritos difamatorios?

Pero éste es precisamente uno de los signos característicos de

esos liberales *mansos*: querer quedar bien con los enemigos más declarados de la Religión, sin chocar directamente con los defensores de ella. Con el sombrero en la mano saludan para ambos lados: al Divino Redentor, cubierto por Herodes de una camisa de burla dirigen una mirada que dice algo como: *lo deploro en el alma, siento mucho su situación . . . . .*; y, luego, se vuelven hacia Herodes y compañía para hacerles protestas de magnífica adhesión.

Pero, vamos a la cuestión de la «gloria nacional!» ¿Lo será de veras un Juan Montalvo? ¿Un hombre sin carrera. *sin oficio ni beneficio*, un mal casado, que dejó a su infeliz mujer abandonada, para vivir en la holgazanería y a expensas ajenas? ¿Un mal amigo y vecino, que se hacía insoportable con sus imper tinencias en las casas en que se metía, exigiendo siempre lo mejor, y siempre descontento con

lo que le daban, difamando y y satirizando en seguida a sus bienhechores? (\*)

(\*) Para quien tuviera genio y tiempo, sería un tema fecundo y curioso escribir las mil aventuras de Montalvo en las casas que le daban alojamiento y comida; y bien mereciera ser conocido por ese lado un hombre que no se ha avergonzado de tomar por tema de sus sátiras la vida íntima de Pío IX, del Nuncio Apostólico en Quito, de preladados, sacerdotes y religiosos. Ahí se le vería, unas veces volcando el plato y derramando el dulce sobre el mantel, por que era de raspadura y no de almíbar; otras veces refunfuñando, porque no le dieron el salón alfombrado, que era necesario para la señora de la casa, que estaba próxima a su alumbramiento; o también, porque le dieron por cabalgadura, para salir a pasear con la familia, una *yegua* mansa y de buen paso. No faltaría tampoco un cuadro serio, el de cierto caballero de Quito, que tomó un garrote para azotar a esa *gloria nacional* en la calle pública, y hacerle pagar un libe

¿Será una gloria para su país un Montalvo, que empleó su estéril y malograda existencia en insultar todo lo grande, lo

---

lo difamatorio con que Montalvo había correspondido a las limosnas que dicho caballero le había hecho. Y esta gloria de la bastonada es un rasgo más que Montalvo tiene común con el gran satírico Voltaire, que en más de una ocasión recibió azotes por orden de las personas que había ridiculizado. A los genios delicados y tímidos que hubieran deseado que no tocase a ese idolillo del templo liberal, les hago una advertencia: si nosotros los Ministros del Señor no hablamos a tiempo y muy claro, llegará la época en que el paganismo moderno hará algo como una procesión de Corpus en honra de sus nuevos saltos. En efecto, tal cosa acaba de suceder en el Brasil, en reverencia de las "venerandas reliquias" (así se expresa ya la secta) de Peixoto; sólo faltaron los incensarios, pues hubo dosel, cirios y coronas de flores.

noble y lo sagrado? ¿Un infatuado pedante, cuya lectura es cansada hasta no más, cuando presume escribir Filosofía o probar que él y solo él es el escritor *de monta*, el hércules literario de la América española, como lo hace en sus pesados «tratados»? ¿Será Montalvo digno de admiración, porque sabe ser mordaz y picante solo y únicamente cuando hunde su pluma en la hiel de su dañado corazón para trazar cuadros satíricos cargados con los colores de una estudiada y bien combinada maledicencia? (\*)

---

(\*) No puedo resistir el deseo de citar un ejemplo de la manera como Montalvo forjaba sus cuentos satíricos. Tres pobres capuchinos, el Padre Melchor y dos compañeros, habían ido en romería a la Virgen de las Lajas. Caminando a pie, y pasando por Ipiiales, fueron convidados por un amigo a tomar un refresco, que consistió en un poco de *agua de*

---

Denle a semejante literato sus encomios los de la literatura sana y de las bellezas verdaderas del arte de escribir, que son inseparables de la verdad y que piden nobleza de carácter en el autor. Mas si algún católico se viera tentado de reírse con los innobles sarcasmos de Montalvo y de subscribir los encomios que le da la prensa liberal, no olvide que la Iglesia ha anatematizado esos libelos y que esto debe ser razón suficiente para que nunca

---

*panela*, bebida de los pobres; pues los modestos religiosos, tanto para evitar gastos a la persona que los había convidado, como para no alejarse de su pobreza característica, rehusaron todo otro alimento. Casualmente lo supo Montalvo, pues se había hospedado en la misma casa, y hé aquí que forja su consabido cuento de los tres capuchinos que engullen un abundante almuerzo con plátanos maduros y grandes tazas de sabroso chocolate de postres!

le consideren como gloria de una nación católica.

*¡Con mi pluma lo maté!*, exclama el infatuado y jactancioso libelista ambateño, cuando supo que García Moreno había alcanzado el deseo más vehemente de su grande alma, el de morir por la Religión de su divino Redentor. Pero ¡oh justos designios de Dios! A Montalvo le mató, pocos años después, su propia lengua maldiciente, pues es fama que fue devorado por un cáncer incurable, que comenizó por esa boca que había sido instrumento de tanta calumnia. Pues bien; ambos ya han desaparecido del teatro de este mundo: Montalvo, cargado con el anatema del Vicario de Dios; García Moreno, honrado y bendecido por Pío IX, quien lo proclamó mártir de la Religión. ¿Cuál de los dos, pues, ha de ser una gloria nacional para los ecuatorianos? La respuesta a

esta pregunta no puede ser dudosa para un católico sincero.

Mártir de la Religión fue García Moreno! ¿Cómo alcanzó este triunfo, y por qué lo inmoló la satánica secta del Masonismo? ¡Ah! Cuanto he dicho de las virtudes privadas y públicas de García Moreno, todo palidece ante los títulos que le merecieron el odio de la Masonería y la sentencia de muerte pronunciada allá en las nocturnas sesiones de la sinagoga de Satanás. Los masones le inmolaron, porque fue el apóstol del Ecuador, el restaurador del sacerdocio, y el renovador de la santidad monástica, el fundador y ardiente propagador de las obras de esa dulce caridad cristiana propia de las vírgenes sagradas que son flor y gloria del Catolicismo. (\*)

---

(\*) García Moreno, visitando un día el hospital de Bodegas, vió que los enfermos estaban acostados en el

Mas, ¿qué podré decir en esta materia para corresponder a lo que siento? Sólo en la eternidad se podrá comprender el mérito que tiene García Moreno ante Dios, por haber procurado a la Iglesia de su patria un sacerdocio santo, un sacerdocio que honrara a Jesús en el altar, y y santificara al pueblo con la predicación y el ejemplo. A la luz de su fe ardiente, García Moreno comprendió y sintió profundamente la humillación que el liberalismo había causado a la Iglesia, por haberla esclavizado y privado de la libertad que por derecho divino le pertenecía, y que le es tan necesaria.

Y penetrado del deseo de restituirle esta libertad para que

---

suelo por falta de catres. Volviéndose a la Superiora de las hijas de la Caridad, le dijo: "no es permitido que estén así los hermanos de Jesucristo", y ordenó inmediatamente que se les procurara catres.

pudiera levantarse de su prostración, se apresuró a romper sus cadenas, tan luego como hubo triunfado de los opresores. Asimismo, y siempre con el mismo ardor por la gloria y dignidad del sacerdocio, ayudó a los obispos en el establecimiento de seminarios, secundó a los preladados de las órdenes religiosas en la restauración de la disciplina y perfección religiosa, y actó a su país de tantos institutos consagrados a la educación y a la beneficencia cristiana.

Un clero digno, instruído y fervoroso; párrocos celosos para los pueblos, misioneros apostólicos, religiosas y hermanas de caridad, consagradas unas a la oración, otras a derramar el bálsamo en las llagas de la mísera humanidad; y en todo el ámbito de la República ecuatoriana una atmósfera de religiosidad, en la cual iban floreciendo visiblemente todas las virtudes cristianas, que a su vez son

fuentes de paz y ventura: tales fueron los frutos de la política de García Moreno.

Al fin, nuestro magistrado católico coronó su obra consagrando su patria al Verbo humano, la entregó a su Divino Corazón, que es manantial único y perenne de todos los bienes y de todas las felicidades. Para dar una prueba más palpable de su inquebrantable fe en el divino Redentor, cargó con la cruz de Jesucristo y llevándola en sus propios hombros por las calles de la capital de la República, enseñó para siempre a los suyos que el Unigénito Hijo de Dios es la única esperanza de los pueblos.

Pues ahí está la verdadera razón por que la Masonería decretó la muerte de García Moreno. (\*) Mientras el pueblo

---

(\*) Lo que afirmo aquí no es una mera suposición: es un hecho confirmado por confesiones explícitas de

---

ecuatoriano descansaba a la sombra de la paz y progresaba visiblemente en todo sentido, los sectarios se acogieron a sus antros tenebrosos y designaron los asesinos que debían ejecutar sus abominables proyectos

Dios, empero, que al permitir las obras criminales de los impíos, la hace servir finalmente a su gloria y a la de sus siervos, ha concedido al infatigable defensor de su Iglesia la única recompensa que anhelaba: la de sellar con su sangre la fe que

---

los masones. Cuando estuve en París en 1878, hallé en una librería pública una obra que trataba de las repúblicas sudamericanas. Movido de curiosidad la recorrí, y conocí inmediatamente que era un libro masónico. Ahí, hablando de García Moreno, se decía lo siguiente: "Cuando supimos que este hombre había llevado procesionalmente una Cruz por las calles de Quito, hallamos que la medida estaba llena y decretamos su muerte",

profesaba; y esta recompensa no se la podrá arrebatar la impiedad.

Quizá mis lectores se extrañarán de que en esta reducida publicación me haya detenido tanto en la persona de García Moreno. ¡Ah! Este hombre extraordinario no es una individualidad cuya misión haya terminado con su existencia; Dios lo había dado al Ecuador para mostrar a este pueblo el camino que constantemente debiera seguir: *Defunctus adhuc loquitur*: aunque muerto habla y enseña.

García Moreno, en la política y fuera de ella, hizo profesión de un catolicismo puro o *intransigente* sin contemporalización ni connivencia con los errores o tendencias reprobadas por la Iglesia. Así, por no citar más que un ejemplo cuando supo la invasión de los dominios del Papa por el Gobierno de Italia, protestó contra este despojo sa-

crílego y lo reprobó el sólo entre todos los gobernantes del mundo, sin preocuparse de lo que dirían o harían los enemigos de la Iglesia. (\*)

---

(\*) En 1890, cuando los masones celebraron el vigésimo aniversario de la ocupación de Roma por las tropas de Víctor Manuel, se habló de protestar nuevamente en el Ecuador contra aquella injusticia. Un hombre de estado, que en tiempo de García Moreno había figurado entre los católicos más conspicuos de la República y pertenecía entonces mismo a la jerarquía administrativa, me escribió sobre el asunto. Le contesté proponiéndole dos cosas: primero, que el gobierno del Ecuador repitiera la protesta que García Moreno había hecho contra los usurpadores, y en segundo lugar, que procediera contra los masones de Guayaquil, que cada año celebraban con fiestas públicas el despojo de Santo Padre y lo insultaban en esta ocasión del modo más injurioso, llamando, por ejemplo, al Papado, "podredumbre de la Italia".

En cuanto a la cuestión grande de nuestros tiempos, la verdadera y sana libertad religiosa, política y social, García Moreno la entendió y practicó según su conocida sentencia: *En el Ecuador hay libertad para todo, menos para el mal.* Con este axioma condenó simultáneamente al liberalismo radical, que concede *libertad para todo, menos para el bien*, y al liberalismo *manso*, que otorga igual derecho de libertad al mal y al bien, al error y a la verdad.

En la administración política el nombre de García Moreno indica inflexible rectitud y justicia con todos; trabajo, constancia y abnegación para estudiar

---

El gran católico de antaño se había trocado en liberal manso, y me contestó bastante desabrido, rechazando mis indicaciones y propuestas que, al ser aceptadas, hubieran desagradado altamente a la Masonería y a su noble prensa.

---

y procurar el bien del pueblo; apoyo y caridad para el desvalido.

Tal es la figura de este hombre extraordinario; ya se comprende por qué me he detenido en contemplarla. Dios lo había dado a los suyos, pero los suyos no le conocieron ni le apreciaron. De los que en su vida le rodeaban, muchos le sirvieron de rémora, porque se espantaban con la grandeza de sus empresas, y no alcanzaban el vuelo de sus ideas y de su talento; otros se solazaron con el nombre de católicos firmes y eminentes, mientras García Moreno les iba delante: después han recaído en su entorpecimiento. Los más han pensado que era más cómodo nadar con la corriente, en vez de luchar en contra. Los que tuvieron la misión providencial de continuar la obra de García-Moreno, conservando a su nación los bienes que la había procu

rado, religiosidad y prosperidad, no han pensado más que en sí mismos, y para sostenerse, han preferido apoyarse en las combinaciones y cálculos de una política ambigua. Con razón se han eclipsado todos ellos en la humillación que se merecieron.

## VIII

Ahora bien: Cristo. o Lucifer, —García Moreno. como personificación de la política cristiana, de la justicia. paz y prosperidad, o sea la *Teocracia*, el reino de Dios;—o un jefe masónico, con la libertad encarnizada y ensangrentada, arbitrariedad, injusticias y revolución sin fin, o sea la *Demonocracia*, el reino de Lucifer!—tal es la alternativa que ahora se presenta a los ecuatorianos; entre los dos, deben elegir forzosamente. El partido medio entre los dos sería volver al Liberalismo traidor, que ha abierto las puertas a las hordas

masónicas, que hoy están mostrando lo que son y pretenden.

Dios, en sus adorables decretos, ha permitido que el pueblo ecuatoriano experimente la dominación masónica. Esta calamidad nacional ¿será de larga duración, o podemos entrever siquiera su término? Sería presunción querer con humanos cálculos sondear los juicios de Dios. Por una parte, no debemos desconfiar de las misericordias divinas, que tantas almas piadosas imploran al pie de los altares;—por otra parte, hay motivos para temer que la justicia de Dios va a tener su tiempo, como lo tuvo la misericordia.

*Los molinos de Dios muelen despacio, pero muelen bien,* dice un proverbio popular en Alemania. Si el Señor es longánimo y paciente, si aguanta y amonesta por sus enviados y profetas antes de castigar, es también grande y terrible cuan

do se ha llenado la medida y se resuelve a castigar; sus molinos trituran y aplastan bien entonces.

Mucho se ha ofendido a Dios en el Ecuador; mucho se ha blasfemado contra la Divina Majestad y contra la inmaculada Madre del Hijo de Dios. Inaudita ha sido la impía audacia de esa prensa infame, que día por día provocaba a Dios, sobre todo allá en las márgenes del Guayas, sin que los representantes y ministros de la justicia divina, las Autoridades públicas, cumpliesen con su deber de castigarla. Tal vez también, sin que los particulares se opusiesen, como era justo y razonable, a tantos escándalos públicos.

Al fin Dios ha hablado! Habló por las sangrientas batallas de la guerra civil; habló el Señor en el incendio que devastó a Guayaquil y en el terremoto que hundió las casas de Portoviejo; habló Dios, y sigue ha-

blando, por la ruina material de la nación ecuatoriana, triste consecuencia de la anarquía y de la tiranía de tanto jefe militar.

¿Cuándo acabará esto? Sólo Dios lo sabe! Lo que me hace temer es una lección que hallamos en la historia moderna: Dios había tolerado durante un siglo entero las burlas impías y las blasfemias de los filósofos volterianos; tardó un siglo para hablar, pero al fin habló, permitiendo que el Liberalismo hundiera la Francia y toda la Europa en un mar de calamidades de que jamás había habido ejemplo en la historia del género humano, y esto por el espacio de más de veinte años ¡Que el Señor acorte los días malos!

Un motivo hay para esperarlo, y es, la misma impetuosidad con que la facción masónica procede para acabar su obra; los asesinatos de sacerdotes, la expulsión de las comunidades religiosas,

---

la desorganización completa en todo el país:—todo esto no puede durar. Al considerar el ardor de esos soldados del Anticristo para destruir y demoler, no puedo menos de recordar aquellas palabras del Apocalipsis: *Y oí una voz grande en el cielo que decía: ¡Ay de la tierra y de la mar!; porque descendió el diablo a vosotros con grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo.* (Apoc. 12, 10).

Sí; el diablo *sabe que poco tiempo tiene*, y que pronto será confundido: de ahí la ira grande con que trabaja. (\*)

---

(\*) Hé aquí lo que a este respecto vió la célebre estigmatizada de Westfalia, Catalina Emerich, en los cuadros en que se le mostraron los combates de la Masonería contra la Iglesia. Esta religiosa veía la Iglesia católica representada y figurada en la Iglesia de San Pedro de Roma; una multitud compacta de Masones, con sus insignias según sus respectivos grados, se afanaban en demoler las

Confiemos empero: *A Dios rogando y con el mazo dando!*

## IX

Cuando en una nación cristiana se apodera de la suprema autoridad un individuo o una facción que se propone directamente destruir la Religión, entonces resulta para los ciudadanos un conjunto de deberes gravísimos e indeclinables, si bien arduos y peligrosos.

---

paredes con sus martillos. Todos trabajaban muy empeñados, cada uno en el puesto y según el plan que los jefes les trazaban en los muros, con mucho orden y disciplina. Cerca de ellos estaba un dragón de figura horrible que los instigaba a trabajar; los jefes masónicos iban continuamente a consultarse con la bestia.

Ya habían derribado los masones una gran parte del templo; pero el santuario y el altar resistían a sus golpes y quedaban completamente intactos, cuando he aquí que de re-

Tan arduos y peligrosos son estos deberes, que aun es asunto delicado y difícil exponerlos en una obra popular como ésta; pero, como por momentos, se presentan a la conciencia de los ciudadanos timoratos casos en que, o deberán cooperar a los perversos fines de los que hacen la guerra a la Iglesia, o contra

---

pente aparece en la entrada del templo una Señor. llena de majestad, se adelanta hacia el Santuario, se eleva sobre la cúpula de San Pedro, y desde ahí extendió su manto resplandeciente sobre el templo.

A su vista huye el dragón, los masones se turban, suspenden el trabajo y huyen igualmente. Al mismo tiempo se acercó por todos lados una multitud de gentes de toda condición, sexo y edad, para reparar las ruinas; unos traían piedras, otros las colocaban. Hombres y mujeres, sacerdotes, soldados, artesanos y labradores ayudaban, y en poco tiempo quedó el templo completamente restaurado. Luego hubo una época de

---

riarles y resistirles; es preciso que sepan bien lo que permiten o mandan en estos casos los más autorizados maestros de la ciencia católica. Los que sigo escrupulosamente en lo que voy a proponer sobre esta materia, son Santo Tomás de Aquino, el cardenal Belarmino, Suárez y el célebre Balmes.

---

paz y de restauración religiosa en todo el mundo.

Los muros de la Iglesia son los cristianos que la componen; ya una gran parte de ellos han caído; seducidos por las teorías, tan engañosas, de libertad y progreso con que el masonismo engaña a las gentes; pero la Sede Romana no puede ser derribada: *las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*. La Inmaculada Virgen triunfará, y las gentes acudirán para reparar los daños; sacerdotes, militares y ciudadanos de toda condición, cada uno ayudará en su esfera al triunfo de la Iglesia.

El diablo no lo ignora, y sabe que poco tiempo le queda!

gión; pero cuando comenzó a querer obligar a los judíos a violar la ley de Moisés, unos le opusieron la resistencia pasiva como Eleazaro y los siete hijos de la Madre macabea, pero el sacerdote Matatías y sus hijos acudieron a las armas, y Dios les favoreció, enviándoles a veces sus ángeles para que les ayudaran en las batallas. Algunos judíos resistieron, dejándose degollar para no pelear en día sábado; otros resistieron peleando en este mismo día. Los unos usaron de su derecho, los otros se dejaron matar sin resistencia; pues, si en tales casos es permitido defenderse, permitido es también renunciar a la defensa y morir, como las más de las veces, *aunque no siempre*, lo hicieron los cristianos del imperio romano, según advierte el historiador Rohrbacher. Y, nótese bien, en estos casos, el pueblo no es quien ataca, no hace más que defenderse contra un

---

agresor injusto, cual es el tirano, que se atribuye un poder que no le pertenece; resistirlo no es sedición, sino defensa legítima.

Durante la Edad Media los Papas, como jueces supremos en los asuntos de conciencia, a veces dispensaron a los súbditos del juramento de fidelidad para con sus príncipes, cuando éstos perseguían a la Iglesia. En los tiempos modernos, los belgas católicos contra el emperador José II, los vendeanos en Francia, los tirolese en Alemania y los españoles en la época de Napoleón I, son otros tantos ejemplos de resistencia armada contra los gobiernos impíos que se han establecido en sus respectivos países. El Papa Pío VI declaró expresamente que los belgas, al tomar las armas contra José II, que perseguía su religión, no se habían excedido en el uso de sus derechos.

De la resistencia *pasiva* dieron un ejemplo admirable los soldados de la legión tebea, los que se negaron a obedecer al emperador Maximiano, cuando les mandó que asistiesen con el resto del ejército a los sacrificios paganos. Fueron diezmados por orden del tirano y, como persistiesen en su resistencia, fueron degollados todos por sus compañeros de armas, los soldados paganos.

Que la resistencia *pasiva* contra un gobierno anticatólico, no sólo es permitida, sino obligatoria cuando el gobierno exige una cosa contraria a la Religión, es muy claro y evidente: *primero debemos obedecer a Dios que a los hombres*. Pero ¿cuándo y en qué casos debemos negar la obediencia a un gobierno impío? Lo dice el siguiente principio: cuantas veces la obediencia a los mandatos de un gobierno perseguidor equivale a una cooperación o simple aprobación de

su impiedad y hostilidad contra la Iglesia, hay obligación de resistirle; sólo cuando la obediencia recae en cosas indiferentes, y no implica una aprobación de la injusticia del usurpador, es permitido ejecutar sus órdenes. Por este principio general se pueden resolver los casos siguientes y los análogos.

1º ¿Será permitido aceptar un empleo público de un gobierno que persigue a la Iglesia?

Resp. Si la aceptación implica aprobación, o expone a la ocasión próxima de cooperar a actos de injusta persecución, no se puede aceptar.—Ocuparse en las oficinas que expiden decretos de persecución contra los ministros de la Iglesia,—trabajar en las imprentas en que se imprimen publicaciones injuriosas a la Iglesia o en daño de la fe,—encargarse de la venta o repartición de esos impresos,—sentar plaza en cuerpos de tropa o de policía cuando éstos son frecuen

temente llamados por el usurpador para ejecutar atentados contra los ministros de la Iglesia o contra el pueblo;—todas estas cosas son contrarias a la conciencia cristiana.

Fuera de estas circunstancias, la cuestión se decidirá a veces en sentido negativo por el sentimiento de honor y dignidad natural, o también, en sentido afirmativo, por la esperanza fundada de evitar con la aceptación males más graves, protegiendo, v. g., a los infelices, o evitando que un individuo malo y perverso ocupe tal destino.

2º ¿Será permitido cooperar directamente en atentados impíos, cuando lo exige el usurpador?

Resp. Nunca y en ningún caso! Si esto hubieran considerado aquellos soldados a quienes mandaron saquear la residencia del Metropolitano de Quito y ultrajar su sagrada persona, se hubieran dejado matar antes

que obedecer, como hicieron los soldados de la legión tebea. No les justificará ante Dios la vana disculpa que suelen alegar en semejantes casos: «Los jefes mandan y nosotros tenemos que obedecer».

Un portento insigne, consignado en la historia eclesiástica, confirma esta doctrina. El emperador hereje Valente había decretado la expulsión de San Basilio, acérrimo defensor de la divinidad de Jesucristo contra los arrianos. Cuando quiso firmar el decreto, la pluma se negó a dar tinta. tomó otra y sucedió lo mismo, y el asiento en que el emperador estaba sentado se hizo pedazos, como si estos objetos, sin vida ni razón, se resistiesen a cooperar al destierro de un obispo católico. El emperador, aterrado por este aviso sobrenatural, tomó el decreto y lo rompió.

Asimismo es ilícito ocupar los bienes injustamente confiscados,

vendidos o regalados por los usurpadores. El Ilmo. Sr. Restrepo, obispo de Pasto, había fulminado la excomunión contra los que, en su tiempo, comprasen los bienes confiscados y vendidos por la facción radical. fuesen eclesiásticos o de particulares

3º ¿Será permitido a los padres de familia obedecer al usurpador, si les obliga directa o indirectamente a mandar sus hijos a establecimientos de enseñanza o de artes, cuando están dirigidos por maestros impíos o bajo la dirección de las logias?

Resp. Deben preferir en este caso que sus hijos se queden sin carrera literaria o profesional, antes que perder sus almas, entregándolos a maestros impíos.

4º ¿Será permitido *vitorear* a un jefe de partido que persigue a la Iglesia?

Resp. Cuando el grito de Viva equivale en las circunstancias dadas a un acto de apostasia, no

es lícito ni aún por temor a la muerte. (\*)

Llegamos a la cuestión de la resistencia *activa*. ¿es permitido defenderse con las armas contra los que persiguen a la Iglesia? — El liberalismo contesta que sí, en todos los casos y sin condición restrictiva, por cuanto atribuye al pueblo *soberano* el derecho de despedir a sus encargados o mandatarios cuando le plazca: los doctores católicos

---

(\*) Sabiendo esto, los protestantes ingleses habían establecido la costumbre de que en sus banquetes cada uno de los convidados diera un brindis a la reina Isabel como a cabeza de la Iglesia anglicana; con esto ponían a los católicos en la terrible alternativa de apostatar o de ir a la cárcel, y, a veces, a la muerte: actualmente el grito de ¡Viva la Religión! en el Ecuador expone a quien lo diere a ser azotado, encarcelado o exiliado.

No pocos de nuestros hijos en Jesucristo, exclama el Obispo de Loja

no conceden un derecho incondicional de resistencia activa; pero tampoco obligan en todos los casos a renunciar a una legítima defensa. «Si hay un rey, dice el eximio Suárez, que convierte en tiranía su poder legítimo y abusa de él para ruina de la comunidad, el pueblo podrá usar de su derecho de legítima defensa, porque jamás se ha despojado de él».

Sin embargo, Santo Tomás de Aquino, Suárez y Belarmino, al conceder al pueblo el derecho

---

en su Pastoral del 9 de abril de 1895, son tratados como insignes malhechores, encarcelados y desterrados unos, otros fugitivos, por el solo delito de haberse adherido a la protesta del Clero..... ¿De cuándo acá constituye un delito de sedición el dar un viva a la Religión? Sin embargo, se nos ha asegurado que alguno ha sido cruelmente flagelado por esto, y algunos de los desterrados, estropeados a culatazos por los soldados''.

de defenderse, convienen que este remedio es un recurso extremo, que no se debe emplear sino en último caso, cuando todos los demás remedios han probado ser ineficaces para salvar a la patria.

Aun entonces, para que la defensa armada sea lícita, es preciso que haya medios suficientes para poder esperar un éxito feliz; en el caso contrario, la resistencia no serviría sino para agravar los sufrimientos del pueblo; que si no hay remedio humano alguno contra la tiranía, conviene orar y esperar que Dios intervenga.

En tercer lugar, se requiere que la defensa armada sea autorizada por los que suficientemente representan al pueblo. Tal es la doctrina de Santo Tomás. De qué manera se haya de entender esta autorización y representación del pueblo, lo expone magistralmente el docto Perujo en su tratado sobre el

«Syllabus». A este autor y a los demás que he citado remito a quien desearé saber más sobre esta delicada materia. Delicada digo, porque, si bien la teoría es muy clara, la práctica, es decir, declarar cuando convenga acudir a este remedio extremo, es sumamente difícil. Sin embargo, no lo es tanto y cambia la cosa cuando un país ha caído en la anarquía y no existe ninguna autoridad legítima, sino partidos que luchan: en este caso es evidente que se debe auxiliar a los que prometen favorecer a la Iglesia y combatir a los enemigos del bien público.

He indicado tan sólo los principios generales sobre esta materia, pues sería imposible discutirla en los múltiples aspectos que ofrece; y, si alguien me preguntare por qué la he tocado, le diría que hoy día es de aplicación práctica. ¿Qué hará un sacerdote que es llamado para absolver en el tribunal de la

penitencia a los católicos que creen deber emplear la defensa activa de los derechos del pueblo? Fácil y tal vez cómodo es condenar en lo absoluto toda defensa; pero a más de contradecir con esto las autoridades citadas, véanse las consecuencias para los que administran sacramentos. Y ¡cómo se han de sonreír y congratular los revolucionarios de profesión, cuando oyen las reservas y restricciones de la conciencia católica en una materia que ellos tienen resuelta en su favor!

Concluyo con las siguientes palabras del ínclito Balmes: «Si el poder supremo abusa escandalosamente de sus facultades, si las extiende más allá de los límites debidos, si conculca las leyes fundamentales, persigue la Religión, corrompe la moral,... viola el derecho de propiedad.... ¿también en este caso prescribe el Catolicismo obediencia? ¿tam

bién obliga a los súbditos a mantenerse quietos como corderos entregados a las garras de la bestia feroz? . . . . En tales extremos, gravísimos teólogos opinan que es lícita la resistencia . . . . y la Iglesia no los ha condenado y no los ha confundido, ni con los escritores sediciosos que tanto abundan entre los protestantes, ni con los modernos revolucionarios, eternos perturbadores de toda sociedad».

Es a todas luces excusado y superfluo tratar aquí de aquella especie de defensa activa de los derechos del pueblo que se hace en *el terreno de la discusión*, sea por medio de la prensa, sea en las polémicas parlamentarias.

Jamás concederá el liberalismo radical la más pequeña libertad para discutir sus actos en las publicaciones de una prensa independiente, ni admitirá en sus congresos o convenciones representantes del pueblo que no fueran de su agrado.

La destrucción de dos imprentas en Quito y el nombramiento de los concejeros municipales, hecho directamente por el Jefe con un simple decreto administrativo, son actos que manifiestan cómo el radicalismo entiende la libertad de imprenta y la de elecciones políticas.

La expulsión de los Padres Salesianos, arrancados de su residencia en altas horas de la noche; las descargas de fusilería contra el pueblo de Quito, que acudió en número de cinco mil ciudadanos para impedir la expulsión de los Padres Franciscanos; y otros hechos más, indican suficientemente que el liberalismo radical no concederá tampoco libertad religiosa para enseñar y defender los principios católicos que condenan sus propias teorías.

# *EPILOGO*

---

Aquí detengo mi pluma. Echando ahora una mirada retrospectiva sobre el camino que he recorrido, y considerando lo delicado de ciertas cuestiones que he tocado, hiriendo tal vez sin quererlo ciertas susceptibilidades de la parte amiga, pero inspirado del deseo de contribuir a la enmienda de errores pasados, me preguntó si daré a la estampa lo que tengo escrito. ¡Sea para gloria de Dios!, me contesta mi corazón. Los amigos me perdonarán los desahogos de mi alma oprimida de dolor a la vista de las desgracias del amado pue

blo ecuatoriano. En cuanto a los enemigos de la Iglesia, cuyas obras nefandas he puesto en evidencia, concédanme éstos siquiera la misma libertad de escribir y pensar que tan ruidosamente proclaman como un derecho natural de todo hombre. Cuando ellos no han cesado de perseguirnos con las calumnias más atroces, aún después de vernos retirados en la soledad de los campos, ocupados únicamente en nuestro ministerio sacerdotal; cuando no hay crimen imaginable que no nos hayan atribuído a mí y a mis sacerdotes, ¿será equidad o justicia censurarnos de que al fin nosotros también hayamos hablado? Aun el pobre gusano de la tierra se retuerce y protesta a su modo, cuando se ve triturado por el pie del caminante.

Se han complacido especialmente nuestros perseguidores en exhibirnos como agitadores y feroces guerreros, ocupados en

recoger elementos bélicos para hacerles la guerra. Pues bien, sed testigos vosotros los habitantes de los valles de Samaniego; ahí estamos en medio de vosotros: decid si los que el radicalismo obligó a refugiarse entre vosotros son tan indignos de vuestra confianza; decid si nos hemos ocupado en otra misión que la de predicaros la palabra santa de Dios y daros los consuelos de nuestra divina Religión; decid si, al combatir los errores de los extraviados, hemos tratado a alguno de estos con dureza, faltando a la dulzura evangélica.

Y, animados por esta caridad sacerdotal, diríamos a aquellos mismos que nos ultrajan, si tuviéramos esperanza de ser oídos: ¡Ah desgraciados! ¡No sigáis haciendo la guerra al Unigénito Hijo de Dios! Antes, postrados a los pies de Jesucristo, adoradlo con nosotros, respetad y servid a la Iglesia, que es su esposa, y

todo será olvidado. Nuestros corazones, libres de toda ambición terrenal, no abrigan otro deseo que ver a Dios adorado y amado de todos. Por desgracia, los que en la secta tenebrosa del Masonismo han subido a los grados en que juran hacer la guerra a la Iglesia, nunca, o casi nunca, se desenredan de los lazos de Sataná; la conversión de esos hombres, como dice San Alfonso de Ligorio, requiere un milagro de la gracia; pero esta gracia la rechazan. Su pecado es el pecado contra el Espíritu Santo, que no será perdonado ni en esta vida ni en la futura. *Misereamur impio et non discet justitiam* (Isaías, c. 26); Compadecemos al impío, pero no aprenderá a ser justo.

Pues, si pedimos al Señor que se digne humillar a los enemigos de la Iglesia, si para esto hemos deseado, y mucho, que dos naciones católicas y vecinas se hubieran unido en noble amis-

tad contra el enemigo común, no tengo recelo de declararlo, ni temor de que por este solo deseo se me tenga por agitador político. A los que tienen la misión providencial de decidir y de obrar, se la cedo de buena gana, contentándome con lo que me es propio en mi carácter de ministro de Dios: enseñar y orar

Los revolucionarios de profesión, que con su errada doctrina de la *no intervención* y de los *hechos consumados*, pretenden que los pueblos católicos renuncien a la nobilísima idea de unirse en fraternidad y caridad cristianas contra el poder internacional de la Masonería, esos mismos proclaman con arrogante pretensión que el liberalismo masónico no reconoce fronteras. Pues, si los malos se unen para perseguir y odiar al Catolicismo, ¿por qué no se unirán los buenos para amarlo y defenderlo? Si este sólo deseo es ya agitación ilícita a los ojos de los contra-

rios, me confieso culpable; en cuanto a toda otra acción política, la dejo de buena gana a quienes pertenece. Igualmente, si es agitación vedada el haber partido el pan, que la caridad nos daba, con los nobles emigrados del Ecuador, cuando nos han honrado con su amistad, no siento tampoco arrepentimiento de ello; tanto menos, cuanto que veía entre ellos quienes habían expuesto valerosamente su vida a los peligros y penalidades de nuestro viaje para salvarnos.

A los habitantes de esta hospitalaria ciudad de Pasto, que en estos días de grata permanencia entre ellos me han dado tantas pruebas de su afecto y deferencia; a las personas generosas y, en especial, a los sacerdotes bondadosos que con sus ofrendas me han auxiliado para costear la impresión de mi humilde obrita, no les puedo corresponder mejor que con un voto

ardiente que por ellos ofrezco al Señor.

Este voto de mi corozón es que su patria quede siempre libre de las calamidades de la guerra civil, triste fruto de las disensiones religiosas y de ambiciones culpables. ¡Plegue al Señor que la católica Colombia, a la sombra de la paz y guiada por las saludables enseñanzas emanadas del Evangelio, desarrolle cada día más sus medios de prosperidad nacional; que desaparezcan entre sus hijos los motivos de desacuerdo, que nunca decida de ellos la ciega fuerza de las armas; y que esta República llegue a ser firme y perpetuo baluarte del Catolicismo y de la Civilización cristiana contra los avances de la impiedad!

*Credidi, propter quod locutus sum!* Creo y por esto he hablado; venga lo que viniere!, que todo no será más que lo que permitiera Aquel que dijo a sus apóstoles: «ni un cabello de

vuestra cabeza ha de caer sin permiso de vuestro Padre celestial!» Que si el brazo de nuestros perseguidores nos alcanzara hasta en este asilo, o nos obligara a buscarlo en otras más remotas regiones, siempre alabaremos a Dios por todo, y confiaremos en su divina gracia, no en nuestras fuerzas, para ser fieles hasta la muerte.

A mis diocesanos de Manabí, pues a ellos me dirijo al terminar estas líneas, digo con el apóstol San Pablo: Dios me es testigo de cuanto os amo a todos en las entrañas de Jesucristo: *Testis est mihi Deus, quomodo omnes vos cupiam in visceribus Christi.* Sí, Dios lo sabe y vosotros también lo sabéis: los sacerdotes que el Señor os había dado no fueron especuladores indignos, como lo dice y repite la impiedad. Todo lo hemos sacrificado por vuestra felicidad y, sino hubiera creído ser voluntad de Dios que me retirara ante el

despiadado enemigo, espero en el Señor que habría tenido la fuerza necesaria para dar aún mi vida por vosotros.

Ahora que se cumplió lo que repetidas veces os anuncié como inminente, que los enemigos de Dios os privarían de todos los consuelos de la Religión, y que os veríais sin altar ni sacrificio, recordad aquellas recomendaciones que os hice en una de mis cartas pastorales. En ella os congratulé de haber recibido de vuestros cristianos antepasados la preciosa herencia de la devoción a la Santísima Trinidad, al Santísimo Sacramento del altar y a la pura y limpia Concepción de María Santísima. Os recomendé, para el tiempo que ya ha venido, que las piadosas Madres manabitas en especial procuraran conservar y cultivar esa triple devoción en el interior de las casas. Esto, hacedlo ahora! Ya que los templos están solitarios y cerrados, ya

que no oís resonar en ellos la palabra divina, ni los cánticos sagrados, haced que todas las casas de Manabí sean santuarios de Dios, particularmente en las solemnidades de la Iglesia. De esta manera podrá suceder, y sucederá ciertamente, que vuestra fe salga más firme de la tormenta actual, y que los pueblos de Manabí, cuando vuelva la paz, purificados por la prueba, sean un pueblo en que brillen la fe y las obras.

Para este tiempo de paz,— siento necesidad de decirlo,— pido a Dios y a su Vicario que os envíe un obispo que tenga las dotes necesarias de virtud y fortaleza para reedificar lo que el enemigo ha destruído; en cuanto a mí, debo confesar con plena convicción y sinceridad que para ello me siento desfallecido; contento estoy en el asilo que el bondadoso Dios me ha dado aquí. Tranquilídense allá y duerman en calma los radica-

les, si pueden: no deseo volver al país que han devastado.

Una satisfacción empero me queda en Dios Nuestro Señor, a quien todo bien pertenece: esta satisfacción es que los sacerdotes y las vírgenes sagradas, que Dios os había dado, han mostrado a los ojos de todos, amigos y adversarios, lo que es la Santa Iglesia católica para los pueblos: una Madre bondadosa, fuente de todas las dichas, causa única de la prosperidad verdadera.

Y me felicito y congratulo en el Señor que así lo hayáis comprendido y declarado públicamente, para que el mundo sepa cómo piensa el pueblo de Manabí respecto de sus tan calumniados sacerdotes. Decís en la tierna y conmovedora manifestación que publicasteis:

«Siempre que recordamos a los sacerdotes y a las monjas, baluarte del proletario y de los moribundos, ejemplares en su

vida sacerdotal, que han abandonado a Manabí, huyendo de la crueldad de los enemigos, no podemos menos de bañar (\*) con lágrimas vuestros ojos, pidiendo su regreso». ¡Llorad, buenas hijas de Manabí, la mano de Dios se ha apesarado sobre vosotras! Besad esta mano que ahora castiga a su pueblo, porque quizá, cuando le hiciera tantos favores en época más feliz, no supo agradecersele como era debido. Sí, llorad vuestras queridas religiosas, llorad vues-

---

(\*) A las instancias, súplicas y lágrimas de las señoras de Manabí, sus compatriotas, contestó el despiadado Jefe de la Masonería con el decreto siguiente:

“Señor Gobernador, Portoviejo:

Tengo aviso de que algunos clérigos alemanes traen noticias del aventurero Schumacher. Si alguno de esos emisarios se encontrase en esa Provincia, mándelos a expulsar (textual!) para el Norte. Igual ruta

tros sacerdotes, en quienes siempre tuvisteis quien os consolara en vuestras penas.

¡El Señor os oiga, y os devuelva lo que la desapiadada impiedad os arrebató!

Pero, si el Señor en sus adorables juicios ha decretado otra cosa, las mismas ruinas de las casas de educación y de caridad serán testigos elocuentes de lo que hizo la Iglesia para vuestra sociedad.

---

hágalos seguir a esos facciosos que llegasen posteriormente.

Su amigo,

*Eloy Alfaro.*

Arbitrariedad, impiedad y desprecio de las leyes más elementales de cultura, siquiera respecto de sus compatriotas las señoras de Mananí: todo esto resalta en ese documento del enviado de la logia, quien trata de *aventurero* a un obispo que recibe su misión de la más sagrada autoridad en la tierra! ¿De quién recibió la *suya*?

Los hijos y nietos de la generación presente de Manabí preguntarán algún día a sus padres ¿quiénes habían levantado esos edificios y quiénes fueron sus habitantes?

¡Ah, hijos!, les contestarán los ancianos, estas casas las levantaron unos sacerdotes que Dios nos mandó de más allá de los mares; su memoria está en bendición, pues fueron los bienhechores de Manabí; en aquellos otros edificios habitaron santas y caritativas religiosas que nos llegaron de Francia, Alemania, Suiza y Estados Unidos. ¡Oh! ¡cuán queridas eran, cuán dignas de serlo!

Y ¿por qué se fueron esos sacerdotes? ¿quien expulsó de nuestra patria a esas venerandas religiosas?

¡Ah, hijos míos! Les expulsaron los enemigos de Dios y de todo el género humano; se llamaban ellos mismos «demoledores de la Teocracia», y decían que

habían venido a destruir el reino de Dios en el Ecuador, para privarnos de los beneficios que debemos a Nuestro Salvador Jesucristo! De ellos ha dicho Dios: «La memoria de los pecadores perecerá»,—*Memoria peccatorum peribit!*

---

# ALCANCE

A LA

Revista Caucana No. 126

---

SITUACIÓN DEL ECUADOR BAJO  
EL GOBIERNO RADICAL

---

Quito, Stbre. 26 de 1896.

Señor Director de la  
Revista Caucana.  
Popayán.

Muy estimado señor Director  
y amigo:

Ajeno a toda política y con-  
cretado a mi pequeño comercio,  
jamás me he mezclado en los  
disturbios que en otras épocas  
han ocasionado la ambición de

unos y la venganza de otros. Hoy no puedo permanecer indiferente; porque ¿cómo puede llamarse *política* el salvajismo más desenfrenado que conculca todas las leyes divinas y humanas?

Ya que se presenta esta oportunidad de enviarla por segura mano, borronéo esta correspondencia, para dar algunos apartes de los últimos hechos vergonzosos.

La invasión radical y la careada *libertad y garantías*, pregonadas por la prensa alfarista por calles y plazas no se han hecho para los católicos y hombres honrados: esa libertad y esas garantías sólo rezan con los que piensan y obran con los principios radicales o masones. Los que no han prostituído su conciencia y sus principios conservadores; los que permanecen fieles a su Dios y a su Religión, no pueden gozar de ninguna garantía; no pueden hablar, es

cribir, ni siquiera suspirar: porque ante estos nuevos *regeneradores*, todo esto es crimen que debe castigarse con prisiones, tormentos, vejámenes y privaciones; si es que no son asesinados en altas horas de la noche.

Hé aquí, señor Director, lo que acontece hoy en el desgraciado Ecuador. La feroz invasión apoderada de las bayonetas, va talando y devorando cual langostas hambrientas: honras, riquezas, religión, moral, y todo lo que constituye el porvenir y bienestar de esta Nación.

Para que los lectores de la *Revista Caucana* tengan alguna idea de los que hoy dominan el país con la fuerza bruta, basta saber que el radicalismo ha reunido a su alrededor todos esos seres abyectos, salidos de las más inmundas cloacas: ignorantes, corrompidos, viciosos, borrachos, jugadores, lascivos ladrones, mercaderes fraudulentos y que-

brados, apóstatas cínicos.....  
y para completar el cuadro o *manada*, hasta los más famosos criminales, que por delitos comunes estaban condenados en el Panóptico y demás cárceles de la República, fueron puestos en libertad por Alfaro, para engrosar las filas del Radicalismo, en cumplimiento de su *programa gubernativo*: vaciar las cárceles de los criminales, para luego ocuparlas con los hombres honrados, con los católicos y sacerdotes!

Una prensa soez, blasfema y patibularia, puesta en manos de hombres corrompidos e ignorantes, azuza continuamente a cometer los más grandes crímenes, y aconseja a no dejar en el país frailes ni monjas, ni ninguna institución religiosa de enseñanza y beneficencia. Es decir, a barrer con todo elemento sano y útil, para colocar en su lugar a aquellos que deshorrarían hasta los cadalsos.

¿Puede haber mayor humillación e ignominia para millón y medio de habitantes, que verse dominados, subyugados y abatidos por unos cuantos foragidos salidos del cieno y de la inmundicia? ¿Cómo es posible que el honrado pueblo ecuatoriano, que es la inmensa mayoría, siga soportando por más tiempo una dominación tan vergonzosa, de unos hombres que no tienen más ejecutoria que ser ignorantes, audaces, sanguinarios y ladrones? ¿Cómo.....? Ah, señor Director! Sólo se puede concebir que sobre el desgraciado Ecuador pesa hoy la mano de la Providencia! Pero Dios se aplacará, y la sangre de tantas inocentes víctimas, derramada por el furor radical, clamará venganza contra los asesinos, y Dios se reconciliará con su pueblo.

Desde que el Radicalismo se apoderó de las bayonetas, sometió al pueblo ecuatoriano al

arbitrio de la fuerza bruta, como única ley. Apenas entronizado en el poder, comenzaron las persecuciones contra el Episcopado, el Clero y los católicos. El robo público y escandaloso a mano armada con el nombre de *confiscaciones*, no ha perdonado haciendas, conventos ni donaciones testamentarias en favor de familias indigentes y casas de beneficencia; llegando a tal extremo la rapacidad de estos cuervos, que apenas espira una persona acomodada y antes que bajen del lecho el cadáver, inmediatamente ponen escolta en la casa mortuoria para apoderarse de los bienes del difunto. De este modo, los caudales de la Nación y de los particulares van a parar a manos de estos hambreados redentores del pueblo; llegando su audacia y descaro hasta querer apoderarse con fuerza armada de las limosnas depositadas por los fieles para el Pan de San Antonio! . . .

No bastando estos robos para satisfacer la voracidad alfarista, el sanguinario y sin vergüenza Franco se ha convertido en *carnicero*. De las haciendas confiscadas hace traer centenares de ganado vacuno, los hace degollar en la carnicería pública y obliga al pueblo a consumir de esas carnes, en su mayor parte flacas y nauseabundas. No permite que ningún particular, ni la empresa establecida en esta ciudad para proveer de carnes al público, explote sus ganados. Este tráfico infame está atribuido al famoso Víctor Delgado (a) *uña larga*. Este y otros bribones *pancistas* son cómplices en todos los robos y estafas; pero ya están bien conocidos y marcados por el pueblo. Lo mismo acontece en Riobamba, Ambato, Latacunga y Machachi: es decir, que Franco es el proveedor de carne en esos lugares.

Las persecuciones, los destierros, las prisiones, los tormentos

inventadós por estos nu vos tiranos; los asesinatos de sacerdotes y de escritores católicos; el flagelamiento, los baños a media noche; el *trapiche*, tormento inventado por el asesino Franco, se van sucediendo día por día.

Los hombres honrados que no han podido dejar el país, se encuentran ocultos y en continuo peligro por el espionaje introducido hasta en los más humildes hogares, y los infelices que han tenido la desgracia de caer en manos de estos bandidos, gimen, unos en los calabozos de los cuarteles, y otros en las celdas del Panóptico, privados de ver a sus familias y de todo socorro humano. Baste decir que sólo el Panóptico encierra más de trescientas personas, entre ellas algunos sacerdotes. No se les permite que las familias u otras personas caritativas lleven ni una cajetilla de cigarros; porque todos son sospechosos!

La ferocidad de estos nuevos Atilas no es solamente contra los hombres: su saña se extiende hasta contra mujeres débiles, aprisionándolas y abusando de ellas torpemente, y cometiendo otras acciones e indecencias que avergonzarían hasta a las tribus más bárbaras.

Para completar la fotografía de estos bandidos sin Dios ni ley, y para relatar en seguida los últimos crímenes perpetrados, le diré a usted, señor Director, que las amenazas de la prensa impía y la vocinglería de la chusma desenfrenada contra el Ilmo. señor Arzobispo, señores sacerdotes han hecho que estos señores tengan que ocultarse y sigan ocultos. Franco ha dicho que, para tener *paz ellos*, es de necesidad *cortar la cabeza de los frailes y curas, y dejar en la miseria a los ricos.....*

Un energúmeno escribía con fecha 22 de Julio, en un periódico inmundo y patibulario, titu

lado *El Amigo del Pueblo*, que circula en esta ciudad: que para afianzar el liberalismo en el Ecuador, se necesita por de pronto *cien cabezas aristocráticas!*; y en los números siguientes, azuza la odiosidad del *pueblo soberano y libre* contra el clero y los ricos, aconsejando que es necesario acabar con ellos cuanto antes.

He aquí la propaganda del radicalismo ecuatoriano, que ya comienza a ponerse en práctica: paso, pues, a dar algunos apuntes de los últimos hechos.

El 5 de agosto próximo pasado, a las 9 de la noche, fue tomado preso el excelente joven escritor católico, señor don Víctor L. Vivar. Permanecía oculto en casa del doctor don Lino Cárdenas y, delatado por espías, fue capturado, conducido a la policía, y de esta a los cuarteles; sufriendo en el trayecto y esos lugares golpes y vejámenes. Como a las cuatro de la mañana, el sangui-

---

nario Franco ordenó que fuese conducido por una escolta de 50 hombres de artillería a la plaza de San Diego, cerca del panteón del mismo nombre: una vez allí, fue asesinado sin ninguna forma de juicio, a las cuatro y media de la mañana del día 6, y a la simple orden de Franco; celebrando de este modo el XXI aniversario del asesinato del inmortal García Moreno.

Consumado el crimen, trataron de ocultar el cadáver enterrándolo inmediatamente y llevándolo arrastrado de los pies desde el sitio del asesinato hasta el cementerio; pero antes de esta operación le desnudaron de la ropa exterior y robaron juntamente el reloj y el dinero que tenía. La detonación de las armas de fuego alarmó a la vecindad, y algunas personas, que comprendieron lo que pasaba, divulgáronlo con rapidez; de suerte que a las siete de la mañana se comentaba en todos los

círculos de la sociedad este crimen. La indignación fue general; la Corte superior nombró un Fiscal para levantar el sumario; se desenterró el cadáver y se hizo la autopsia, resultando de esta investigación: primero, que el asesinato fue ordenado por Franco; y segundo, que la muerte fue ocasionada por varias descargas, etc. El señor don Homero Morla, Ministro de Obras públicas y Presidente del Ministerio de Alfaro, reunió el personal del Ministerio para destituir de su cargo a Franco y seguir el juicio criminal por asesinato; pero en las votaciones prevaleció la mayoría contra la iniciativa del señor Morla, quien inmediatamente renunció su cartera, y el delito de Franco quedó impune *de temor de las bayonetas*, siguiendo este siendo el verdugo del pueblo quiteño.

El día 12 del mismo mes, como a las seis de la mañana, fue asesinado en su lecho el virtuoso

y ejemplar sacerdote joven, doctor don Eudoro Maldonado, sin que hasta hoy se descubra al autor de ese crimen; pero no hay una sola persona que no esté convencida de que todo esto es obra de la Masonería, que el 3 de Mayo inauguró sus logias en esta Capital. El mencionado sacerdote y el señor Vivar fueron hijos de la católica ciudad de Cuenca, tan odiada hoy por el radicalismo.

En la noche del 23 fueron expulsados los beneméritos religiosos Salesianos. Descansaban tranquilos de sus faenas del día, cuando en altas horas de la noche fue invadido el edificio del Protectorado católico por 70 hombres armados y conducidos por Franco. Sin dar más tiempo que para cubrirse con sus pobres hábitos y coger sus breviarios, y *esto por favor*, fueron sacados inmediatamente en medio de insultos groseros, amenazas y golpes: el impío y

sacrilego Franco les dió de bofetadas a algunos sacerdotes!

Mientras que esto acontecía en Quito, otra escolta, a la misma hora, sacaba a los religiosos que se encontraban en la Casa Noviciado de una finca en las cercanías de Chillo, donación hecha por un señor Vega en favor de los Salesianos. Reunidos los religiosos en el Egido, fueron conducidos por el camino del Pailón, con el brutal designo de conducirles por esos caminos privados de todo recurso y para evitar que vayan a Colombia, donde hubieran sido recibidos como lo merecen los hijos de Don Bosco, verdaderos civilizadores y protectores de la niñez indigente. Colombia es odiada por el Radicalismo y la Masonería, porque, desde sus gobernantes hasta el último colombiano, permanecen fieles a la Religión católica.

Los doscientos y tantos niños, al ver que sus queridos maestros

y protectores eran tratados tan villanamente y desterrados como criminales, soltaron el llanto más amargo, que podría ablandar a las piedras; pero ninguna mella hizo en los ejecutores de los mandatos masónicos. Quedaron, pues, en el mismo local, custodiados por una escolta, quien se burlaba de las lágrimas de esos infelices.

¡Que vergüenza para el desgraciado Ecuador! Los salesianos, como institución nueva, adaptada su misión de enseñanza al progreso moderno, a ese *progreso bien entendido*, son solicitados, no solamente por las naciones cultas de Europa, sino por todas las de la América, donde, tanto los gobiernos como los pueblos, se esmeran en prestarles todas las comodidades, para que se establezcan y ejerzan su misión saludable en los hijos del pueblo. Chile, Colombia, Perú, la Argentina, el Brasil, Bolivia, el Uruguay, etc., todas esas

naciones, a pesar de que sus gobiernos (con excepción del de Colombia), son masones o liberales, se esmeran en proporcionar a los salesianos grandes y espaciosos edificios y terrenos, herramientas, maquinarias y demás útiles necesarios para ejercer su misión civilizadora entre los hijos del pueblo; esto, fuera de las rentas que suministra el erario público.

Pero es necesario confesar que esos gobiernos, a pesar de ser sectarios, son hombres ilustrados; desean el adelanto y progreso de su país, respetan en algo la opinión de la mayoría de la nación y ponen en práctica su programa de libertad; admiten y conservan todo elemento o institución de progreso, sin reparar en nacionalidad.

No sucede así hoy en el Ecuador, porque los que están apoderados de las bayonetas son de la última escoria y de la más crasa ignorancia: en una pala-

bra, hombres salidos del cieno de los vicios, para quienes les importa un bledo la felicidad de la Patria.

De aquí se comprenderá que no es el verdadero y sensato pueblo el autor, ni siquiera cómplice, del salvajismo con que están escandalizando a las naciones civilizadas. La maldición caerá sobre el feroz radicalismo y sobre los que lo han apoyado y siguen apoyando.

¿Y éstos son los que dicen que van a civilizar, ilustrar y dictar leyes para traer el progreso, la *luz* y el bienestar del país? ¿Estos son los *elegidos llamados* y sostenidos por el ilustrado pueblo de Guayaquil? ¡No! No es tampoco el sensato pueblo de Guayaquil que quiere ser dominado ni gobernado por cuatro viciosos e ignorantes; porque sería vergonzoso para tantos hombres ilustrados y honrados, que es la mayoría de la provincia del Guayas. Prueba de ello es, que

si al principio admitieron algunos cargos, todos han renunciado, avergonzados de haberse enrolado a una partida de foragidos, quedando sólo aquellos que nada tienen que perder. Lo que digo de Guayaquil respecto a empleados de Alfaro, acontece lo mismo en el interior y demás pueblos de la República.

Envalentonados con la fácil expulsión de los salesianos, perpetrada en altas horas de la noche, sin que se apercibiera el pueblo quiteño sino después de consumado ese crimen, creyeron muy fácil hacer lo mismo con la comunidad de los hijos de San Francisco; sin caer en cuenta, que si a todas las instituciones religiosas las ama el pueblo, a los humildes hijos del Serafín de Asís les venera y les mira como a los mejores amigos y mediadores entre el cielo y la tierra.

El día 25 del mismo mes de Agosto, tres esbirros de la poli-

cía, entre ellos un Elías Alzuro, conocido por su impiedad y cinismo, se presentaron ebrios (que en éstos no hay que extrañar) a la portería del convento de San Francisco, en momentos que la comunidad se hallaba en el refectorio. A los golpes furiosos dados en la puerta, salió un religioso lego, al que le ordenaron de parte del intendente Ugarte (a) el *betazo*, (pues este pajarraco, hijo de Machala, confiesa que el jamás ha visto ni por el forro un libro de Historia, Legislación o cosa parecida, que toda su vida la ha pasado *tumbando cacao*, y en esta virtud, para desempeñar su cargo no tiene otra ley que el *betazo*, es decir, el *látigo*), en nombre de éste, ordenaron que inmediatamente repicasen las campanas por no sé qué triunfo.

La humilde excusa del religioso, que dió después de poner en conocimiento del Prelado,

fue suficiente para que los ebrios se desataran en maldiciones y blasfemias contra Dios, contra la Religión y la comunidad, y amenazando que inmediatamente serían expulsados, se retiraron diciendo: *estos trailes no quieren la «lú»*; . . . . y tenían razón, pues ellos estaban bien *alumbrados*.

En la portería se encontraban muchos pobres esperando su pitanza y, alarmados de las amenazas, se olvidaron del hambre, y distribuyéndose por las calles de la ciudad, divulgaron con rapidez el peligro que corría la Comunidad.

Reciente aún el hecho salvaje de los Salesianos, nadie dudó que harían lo mismo con los franciscanos; y con esta idea, desde las cinco de la tarde comenzó el pueblo a ocupar el pretil y la plaza de San Francisco, pues la portería ya estaba con una escolta de celadores, armados hasta los dientes.

A las siete de la noche la plaza y el pretil contenían más de cuatro mil personas de toda edad, sexo y condición, sin contar los que afluían por las calles cercanas.

El pueblo, decidido a no cejar un punto, se exhortaba mutuamente a sacrificarse todos, si es posible, antes que permitir la expulsión de los religiosos. Como a las ocho de la noche, los celadores, que a esa hora ya estaban desplegados en guerrilla, hicieron una descarga al aire, que fue recibida por el pueblo con silbos y vivas a la Religión y a los Franciscanos y *mueras* al Radicalismo. Pero, como no se moviese el pueblo de los sitios que ocupaba, los esbirros de Ugarte comenzaron a dar culatazos y bayonetazos; entonces de los grupos arrojaron algunas piedras sobre los celadores, y ésta fue la señal para que éstos descargaran sus rifles sobre las masas compactas hiriendo y ma-

tando a un pueblo indefenso. Cuando éste vió caer a sus compañeros, y a pesar de no contar con una sola arma de fuego, se abalanzó sobre los asesinos y les quitó algunos rifles. Una valerosa mujer se acercó al grupo donde estaba el *betazo* y con valerosa mano le asestó a éste un terrible puñetazo en el pecho, que le hizo arrojar sangre y retirarse precipitadamente.

En vista de esto, los celadores se concentraron al atrio, a guardar la portería y con un miedo que temblaban! Como a las diez y media de la noche, cesaron los fuegos, pero el pueblo no se movió de sus sitios, firme a oponerse a la sacada de los Padres. ¿Y Franco? ¿Dónde estaba ese *valiente* con los indefensos capuchinos y otros sacerdotes? Desde que vió la actitud del pueblo, *lució* con su ausencia! Y según *malas* lenguas, andaba buscando un *asilo seguro*, donde evitar

el chubasco que creía se le venía encima!

Así son todos estos tiranuelos: donde no encuentran resistencia, donde hay víctimas indefensas y donde el pueblo sufre paciente y callado, entonces despliegan su saña y crueldad, robando, asesinando, martirizando pisoteando y conculcando todas las leyes divinas y humanas..... Sigán pues llenando la medida; pero tengan en cuenta que Dios no se queda con nada ajeno.

Amaneció el día 26: los celadores abandonaron la portería y el pueblo poco a poco se retiró, no sin tomar antes todas las medidas y precauciones para dar la voz de alarma, si intentaban algo contra los Padres. De todas las aldeas cercanas a Quito habían salido hombres, mujeres y niños a resguardar los caminos por donde podían conducir a los religiosos, caso de que hubiesen llegado a atropellar al pueblo de Quito y sacar la comunidad.

Franco, rabioso de haberle salido el *tiro por la culata*, y en vista de la excitación del pueblo y otras *cosillas* que *temía*, mandó a llamar al Padre Guardián y le *suplicó* (!! ) que diese una hoja suelta manifestando que *no había recibido* ninguna orden para salir del país. ¡Gran embusterol! La nota de la expulsión estaba escrita, sólo que el pueblo no le dió tiempo para llevarla adelante!

La actitud del pueblo quiteño y la lección que recibieron del valeroso pueblo de Cuenca han hecho desistir, *por de pronto*, de llevar adelante el programa salvaje del radicalismo.

Para que los lectores de la *Revista Caucana* tengan alguna idea del tan cacareado triunfo de éstos en Cuenca, voy a daros unos pequeños detalles en vista de una correspondencia enviada de esa ciudad.

El combate librado por las fuerzas de Alfaro ha hecho ver

cuánto vale un pueblo cuando defiende su religión y su hogar. Tres mil setecientos hombres y ocho cañones fueron los que atacaron la ciudad de Cuenca, defendida por trescientos valientes y una columna compuesta de mujeres y niños, al mando del Sr. Coronel D. Antonio Vega. Esta diminuta, pero valerosa fuerza, puso el pecho al frente para resistir a la horda de salvajes y bandidos, que en las plazas de Guayaquil juraron por el G.: A.: dejar en escombros a esa *fanática* ciudad que no quiere la *lú* de los HH.: del mandil.

El 22 de agosto próximo pasado fue atacada la ciudad: el cañón comenzó a hacer destrozos en los edificios públicos y casas; las bombas, cargadas de metralla, reventaban por todas partes y las fuerzas radicales avanzaban por distintos puntos, sufriendo considerables bajas de la certera puntería de la columna de mujeres, que ocupaba uno de los

puntos más asediados por el enemigo.

El día 23, desde muy temprano, comenzaron los fuegos, y comenzó también a desbandarse la tropa de Alfaro; pero, cuando ya estabau a punto de derrotarse, fueron disminuyendo los tiros de las fuerzas conservadoras; entonces comprendieron los enemigos que se les habían agotado las municiones a los defensores de la ciudad, y cuando éstos se decidieron a cargar a la bayoneta, dos o tres mujeres de radicales habían descubierto un punto, que es por el panteón, que no estaba defendido; así, pues, cuando se preparaban a cargarles a la bayoneta, tuvieron aviso de esa traición y que pronto se verían acorralados. El coronel Vega, tomando una resolución, hizo su retirada en buen orden con 250 hombres y su columna de mujeres. ¡Aquí la mano de la Providencia! De los 300 hombres y la columna de

mujeres, sólo perdió 50 hombres y algunas mujeres y niños, habiendo muerto del enemigo más de mil hombres, fuera de otros tantos heridos. La retirada del coronel Vega, como queda dicho, fue en orden, con todas sus armas, pero sin municiones, los enemigos no se atrevieron a perseguirle. ¡Tanto es el terror que les infundió esos pocos valientes!

Las fuerzas radicales, cuando ya no quedaban defensores en la ciudad, entraron a sangre y fuego, robando, entrándose en las casas y asesinando a mujeres y niños indefensos, sin perdonar la vida al infeliz que caía. Cuando vió esto el General Alfaro — dice la correspondencia aludida — les contuvo a esas fieras diciendo: *¡No se debe tratar de ese modo a una ciudad de héroes!* Sólo de este modo no acabaron de cumplir el juramento masónico, de convertir en escombros y hacinamiento de cadáveres

res a esa católica ciudad. Pero antes que Alfaro lo contuviera, ya habían victimado muchas mujeres y niños y *diez y ocho* sacerdotes, según unos, y según otros, *seis*.

He aquí, señor Director, las obras del mil veces maldito radicalismo: he aquí su *programa* y de qué manera quieren someter a los pueblos a su tiránico y salvaje yugo. Para concluir esta extensa correspondencia, le diré a usted que el radicalismo ha *declarado* que, para propagar sus doctrinas, *no conoce barreras!*

¿No podemos decir esto con mayor razón los católicos? La Religión de Jesucristo, por lo mismo que es predicada, enseñada y mandada por el Hijo de Dios, creador de todos los hombres, no conoce ni puede conocer barreras. El Salvador no les llamó a los masones, radicales o liberales, que entonces estaban representados en Escribas y Fa

riseos, para decir: *Id y enseñad a todas las gentes*. Este mandato de predicar su Evangelio a todas las gentes, fue a los Apóstoles, y en cabeza de ellos, a todos los obispos y sacerdotes sucesores, hasta la consumación de los siglos. Luego la Religión católica es la única que no conoce barreras para extender el reino de Cristo y su doctrina salvadora por toda la tierra.

Y si esto es tan evidente, que viene justificando su misión en más de XIX siglos, nadie mejor que los católicos estamos obligados a sostener y a hacer causa común, no solamente en propagar la doctrina de Cristo, sino en combatir contra sus enemigos y defenderla allí donde peligré. La Religión católica no conoce nacionalidad ni categorías en sus dogmas y doctrinas. Una sola fe y una sola cabeza. Y si esto es así, el interés de los católicos es *común*, y la defensa debe también ser *común*. Los

que militamos bajo el estandarte de la Cruz, única divisa de los soldados de Cristo estamos obligados a defender la Religión, allí donde sea atacada por las huestes de Satanás.

Hasta *luego*, señor Director; *luego* tendrá usted algunos milagros más del radicalismo para echar a los cuatro vientos.

TEMOLEÓN.

